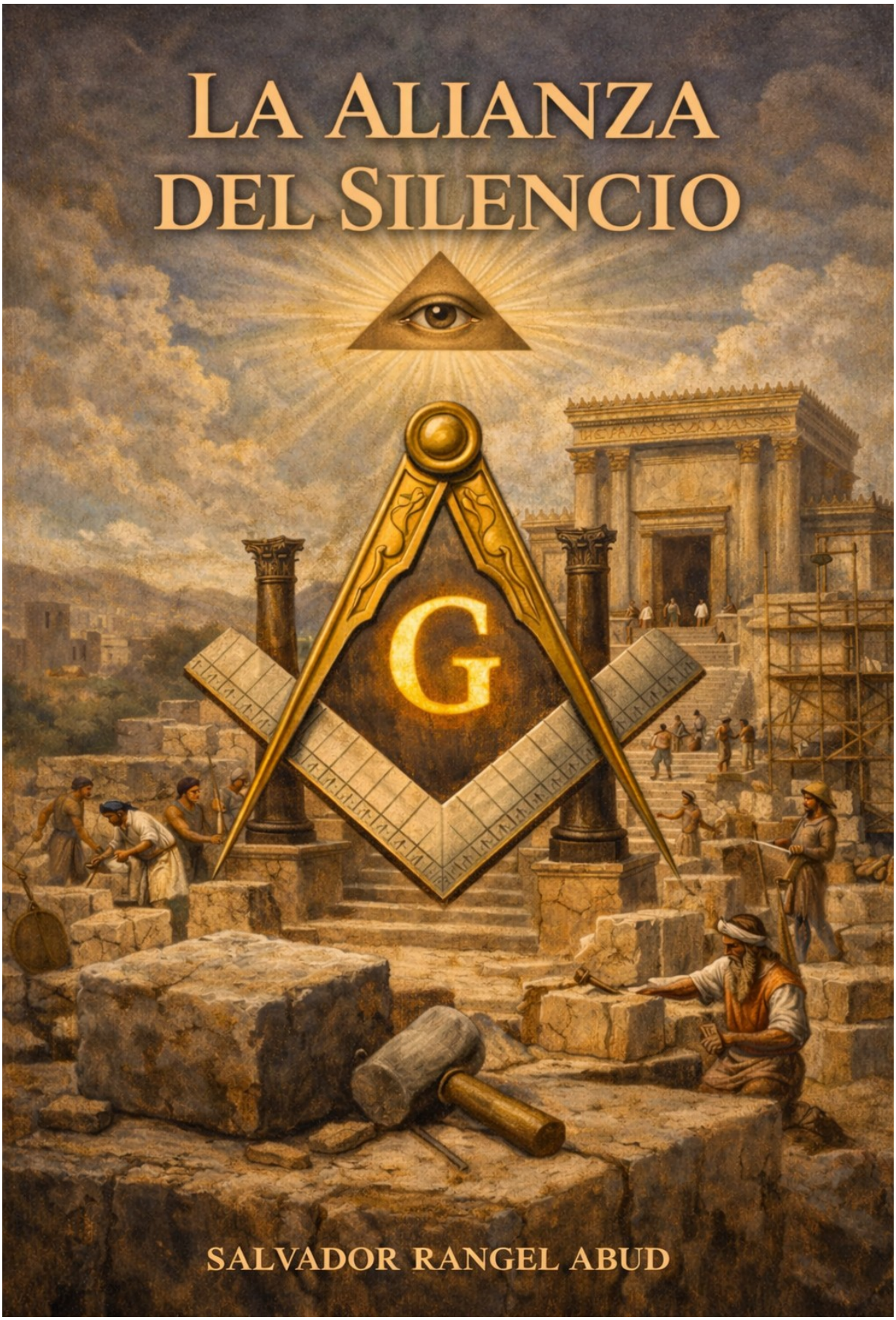
La Alianza del Silencio



SALVADOR RANGEL ABUD

LA ALIANZA DEL SILENCIO
Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Tomás del Llano Amezcua es un historiador mexicano de cincuenta y dos años radicado en Edimburgo, escéptico por formación y meticuloso por oficio, que no busca aventuras sino respuestas documentadas. Todo cambia cuando el rector de la Universidad de Edimburgo le entrega un lote de manuscritos adquiridos en una subasta de bienes eclesiásticos en Lisboa. Entre los documentos hay tres folios en latín tardío con anotaciones en hebreo y en árabe arcaico que dan por supuesta, sin explicarla, la existencia y el traslado del Arca de la Alianza antes de la destrucción del Templo de Salomón en el año 586 antes de Cristo.

La investigación lleva a Tomás de Edimburgo a Madrid, Jerusalén, Bagdad, Berlín, Aksum, Alejandría, Malta y París, siguiendo una cadena de transmisión documental que conecta el mundo antiguo con las órdenes militares medievales y, desde ahí, con la masonería especulativa del siglo XVIII. En cada etapa encuentra evidencia. También encuentra a Ezra Lichtmann: setenta y tres años, historiador suizo, masón de grado treinta y tres, que recorrió el mismo camino treinta años antes, llegó a las mismas conclusiones y eligió callarse.

El duelo entre Tomás y Ezra no es físico ni policial. Es un enfrentamiento de inteligencias y de convicciones que culmina en Edimburgo, en los archivos de la Gran Logia de Escocia, donde un documento de 1716 revela que lo que la orden ha custodiado durante siglos no es ningún objeto sino un principio: que la alianza entre el ser humano y lo que lo supera es posible aunque el Arca haya desaparecido, aunque el Templo haya sido destruido, aunque la palabra se haya perdido.

La pregunta final no es dónde está el Arca. Es qué hace el historiador con una verdad que nadie antes que él ha querido publicar.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene referencias históricas a las tradiciones religiosas judía, cristiana e islámica, así como a la masonería y a las órdenes militares medievales. Los hechos históricos documentados se presentan con rigor; los personajes, diálogos y conexiones entre hallazgos son de creación literaria. La obra no pretende afirmar ni negar ninguna creencia religiosa, ni atribuir a la masonería funciones o propósitos distintos a los que la historia documentada le reconoce.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

En La alianza del silencio su rigor científico, su capacidad analítica y su experiencia como lector de historia antigua y medieval se convierten en el fundamento de una novela de ideas que no es entretenimiento vacío sino interrogación seria: la ficción histórica como forma de plantear preguntas que la academia formula en otro registro y que la literatura puede formular con toda su fuerza. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: La alianza del silencio

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela histórica de acción y misterio

Estructura: Prólogo + 12 capítulos + Epílogo

Ambientación: Edimburgo, Madrid, Jerusalén, Bagdad, Berlín, Aksum, Alejandría, Malta, París

Idioma: Español

Año de publicación: 2025

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que la arqueología bíblica lleva siglos sin responder: ¿qué ocurrió con el Arca de la Alianza después de la destrucción del Templo de Salomón en el año 586 antes de Cristo? No me interesaba la respuesta fantástica ni la conspiratoria. Me interesaba seguir el hilo documental con la disciplina de un historiador y ver adónde llevaba.

Adonde lleva no es a ningún sótano ni a ninguna reliquia. Lleva a una pregunta más difícil y más interesante: qué tipo de verdad es tan necesaria para la humanidad que durante tres mil años distintas culturas, distintas instituciones y distintos hombres se organizaron para preservarla bajo formas siempre cambiantes.

Los lugares de esta novela son reales. Los documentos históricos mencionados existen o existieron. Los personajes y sus conversaciones son enteramente de ficción.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la

Licencia Creative Commons: Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

Arca de la Alianza · masonería · órdenes templarias · historia antigua · thriller histórico · Edimburgo · Jerusalén · Malta · Aksum · transmisión simbólica · historia de las religiones · novela de ideas · ficción histórica · España · México

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre el Arca sino sobre la alianza — el principio que el Arca contenía y que sobrevivió a su desaparición. A lo largo de sus doce capítulos, La alianza del silencio explora la tensión entre la obligación académica de publicar la verdad y la responsabilidad intelectual de considerar sus consecuencias, la naturaleza de la transmisión cultural a través de siglos de cambio y persecución, la masonería como institución histórica dedicada a la preservación de principios morales bajo lenguaje simbólico, la cadena ininterrumpida que conecta el Templo de Salomón con las logias escocesas del siglo XVIII, y la pregunta de si un principio moral necesita una reliquia para sobrevivir o puede transmitirse sin ella. El epílogo, "La alianza", no revela si Tomás publica o no — sugiere que la decisión ya estaba tomada desde antes de que él lo supiera.

CITAS DESTACADAS

"Lo que la orden custodia no es ningún objeto ni ningún secreto que pueda ser revelado o robado. Es una alianza sin objeto, un principio sin reliquia, una verdad sin prueba."

"El problema con su argumento, Ezra, es que se puede usar para justificar cualquier silencio."

"Ezra tiene razón en la práctica. Yo tengo razón en el principio. La distancia entre las dos es el lugar donde vive la historia."

"La alianza no era un contrato. Era una dirección."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en La alianza del silencio un territorio narrativo cercano, con el anclaje histórico y filosófico que le es propio.

Arturo Pérez-Reverte (El club Dumas, La tabla de Flandes): protagonistas intelectuales que investigan un misterio histórico con rigor académico, antagonistas que no usan la violencia sino la información, escenarios europeos de alta densidad cultural.

Umberto Eco (El nombre de la rosa): el archivo como espacio dramático, el manuscrito como detonante, la pregunta sobre a quién pertenece el conocimiento y quién tiene derecho a custodiarlo.

Dan Brown (El código Da Vinci): la estructura del thriller histórico con pistas encadenadas a través de Europa, aunque con un rigor documental y una complejidad filosófica que el género rara vez alcanza.

Dentro de la narrativa de Salvador Rangel Abud, esta novela representa su trabajo más ambicioso en el género histórico: donde otras novelas suyas exploran la historia como escenario, La alianza del silencio la convierte en el argumento mismo.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Tiene el historiador la obligación de publicar todo lo que puede demostrar, o también la de considerar las consecuencias de hacerlo?

¿En qué punto la prudencia se convierte en censura? ¿Qué distingue custodiar una verdad de suprimirla?

Ezra y Tomás llegan a las mismas conclusiones históricas y toman decisiones opuestas. ¿Cuál de los dos tiene razón, y en qué términos?

¿Puede un principio moral sobrevivir sin la institución que lo transmite, o necesita del andamiaje para no disolverse?

El documento de 1716 describe "una alianza sin objeto, un principio sin reliquia, una verdad sin prueba". ¿Es eso suficiente? ¿Puede sostenerse una fe — religiosa, moral o intelectual — sin ningún soporte material?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2025). La alianza del silencio. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. La alianza del silencio. Internet Archive, 2025.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. La alianza del silencio. Internet Archive, 2025.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas. Su obra abarca la novela histórica didáctica, el thriller de ideas, la ficción coral, la novela genealógica y romántica, la narrativa política y la ficción especulativa.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

El Arca de la Alianza desapareció hace veintisiete siglos. Lo que no desapareció es la pregunta que la originó: si es posible que el ser humano se comprometa con algo más grande que sí mismo sin necesitar que ese algo se le aparezca en forma visible o demostrable.

La alianza del silencio propone que sí es posible. Que la evidencia es la cadena misma: que tantas generaciones, en tantos lugares, consideraron esa pregunta suficientemente importante como para transmitirla al siguiente eslabón.

Tomás del Llano Amezcua tardó siete meses y cuatro continentes en llegar a esa conclusión. El lector puede llegar antes. O puede llegar después. Lo que importa es que el hilo sigue ahí, esperando.

LA ALIANZA DEL SILENCIO
Salvador Rangel Abud

ÍNDICE

PRÓLOGO:	**El peso de las preguntas sin respuesta**
CAPÍTULO 1:	**El hombre que no publicó**
CAPÍTULO 2:	**Los folios de Lisboa**
CAPÍTULO 3:	**El archivero de San Jerónimo**
CAPÍTULO 4:	**Bajo el Monte**
CAPÍTULO 5:	**Los archivos de Babilonia**
CAPÍTULO 6:	**El guardián que no permite el acceso**
CAPÍTULO 7:	**La isla del Nilo**
CAPÍTULO 8:	**El archivo de los caballeros**
CAPÍTULO 9:	**El argumento de Ezra**
CAPÍTULO 10:	**Lo que los templarios guardaron**
CAPÍTULO 11:	**El diálogo en el puente**
CAPÍTULO 12:	**La decisión**
EPÍLOGO:	**La alianza**

PRÓLOGO

El peso de las preguntas sin respuesta

Hay preguntas que la humanidad no ha podido dejar de hacerse.

No porque no haya tenido tiempo. Tres mil años son tiempo suficiente para olvidar casi cualquier cosa. Civilizaciones enteras han desaparecido sin dejar más rastro que un puñado de fragmentos cerámicos y el silencio de sus dioses muertos. Lenguas que alguna vez articularon amor, miedo, ambición y plegaria se han convertido en sistemas de signos que solo descifran los especialistas, y aun así con lagunas que la honestidad obliga a reconocer. Imperios que creyeron haber establecido el orden definitivo del mundo yacen ahora bajo capas de tierra y olvido que los arqueólogos van retirando con paciencia milimétrica, encontrando en cada estrato nuevas pruebas de que la permanencia es siempre una ilusión bien construida.

Y sin embargo hay preguntas que sobreviven a todo eso. Que se transmiten de generación en generación con la obstinación de lo que no encuentra respuesta satisfactoria y por eso mismo no puede abandonarse. Preguntas que cambian de idioma, de forma, de contexto cultural, pero que en el fondo siguen siendo la misma pregunta: ¿qué queda cuando todo lo demás desaparece?

Una de esas preguntas tiene que ver con el Templo.

No con cualquier templo. Con el que el rey Salomón mandó construir en Jerusalén alrededor del siglo X antes de Cristo sobre la roca que los judíos llaman la Piedra de los Fundamentos y que los musulmanes llaman la Roca Sagrada, el mismo promontorio que hoy sostiene la Cúpula de la Roca y que desde hace tres milenios ha sido el centro geográfico y espiritual de más conflictos que ningún otro punto sobre la superficie de la Tierra.

El Templo que Salomón construyó no era solo un edificio de culto. Era, según la tradición que lo rodea, el lugar donde habitaba la presencia de

Dios entre los hombres. El punto de contacto entre lo humano y lo divino. El eje del mundo. Su construcción, narrada con una minuciosidad que sorprende en el primer libro de los Reyes y en el segundo libro de las Crónicas, reunió a artesanos y maestros de obra de diversas regiones bajo una empresa que los textos bíblicos presentan como mandato divino y que la arqueología moderna examina con la cautelosa reserva de quien sabe que la fe y la evidencia no siempre hablan el mismo idioma, aunque a veces coincidan.

En el interior de ese templo, en la cámara más sagrada a la que solo el sumo sacerdote podía entrar una vez al año, en el día de la expiación, se custodiaba el objeto más cargado de significado de toda la historia del pueblo de Israel: el Arca de la Alianza. Una caja de madera de acacia recubierta de oro, según la descripción detallada del libro del Éxodo, con dos querubines de oro extendiendo sus alas sobre la tapa y en su interior las tablas de piedra con los mandamientos que Dios entregó a Moisés en el Sinaí, junto con una vasija de maná y el cayado de Aarón según algunas tradiciones. No era solo un recipiente litúrgico entre muchos.

Era la prueba material de un pacto. La evidencia tangible de que entre Dios y los hombres existía un acuerdo, una alianza, un compromiso mutuo que tenía la solidez de la piedra grabada y el peso del oro trabajado por manos humanas siguiendo una instrucción divina. El Arca no contenía a Dios. Contenía las condiciones del trato. Y eso, en la lógica del mundo antiguo, era algo de un valor que ningún otro objeto podía igualar.

En el año 586 antes de Cristo, los ejércitos de Nabucodonosor arrasaron Jerusalén, destruyeron el Templo hasta sus cimientos y se llevaron a Babilonia a la élite del pueblo judío en lo que la historia conoce como el exilio babilónico, uno de los episodios más traumáticos y más formativos de la identidad judía, un evento cuyas consecuencias teológicas, culturales y políticas se extienden hasta el presente con una vitalidad que los siglos no han atenuado.

Es precisamente en ese momento donde la historia verificable termina y el misterio comienza. Porque el Arca de la Alianza desaparece del registro histórico exactamente entonces, y nadie en veintiséis siglos ha podido establecer con certeza documentada qué ocurrió con ella. Si fue destruida en el incendio que consumió el Templo. Si los babilonios se la llevaron junto con el resto del botín, aunque en sus propios registros administrativos —extraordinariamente minuciosos, como lo prueba la arqueología mesopotámica— no aparezca ninguna mención a un objeto que correspondiera a su descripción.

Si los sacerdotes la ocultaron antes de que llegaran los ejércitos, en alguna cámara subterránea o en algún lugar fuera de Jerusalén al que tuvieron tiempo de llegar antes del cerco definitivo. Si fue trasladada por

una ruta que el tiempo borró hacia un destino que nadie ha podido probar ni desmentir de manera concluyente.

Durante veintiséis siglos esa pregunta ha generado tradiciones, especulaciones, búsquedas y obsesiones en las que han participado desde arqueólogos serios con acceso a los mejores archivos del mundo hasta aventureros de dudosa metodología que confunden el deseo con la evidencia, desde teólogos con siglos de erudición acumulada hasta conspiracionistas de toda laya que encuentran en el misterio un combustible inagotable para narrativas que dicen más sobre las necesidades psicológicas de quien las construye que sobre la realidad histórica que pretenden explicar.

Etiopía afirma tener el Arca en Aksum, custodiada por un único monje guardián que no permite que nadie la vea, lo cual es una manera de afirmar algo que por definición no puede verificarse. Ciertas tradiciones la ubican intacta bajo el Monte del Templo, esperando en alguna cámara sellada que los conflictos políticos y religiosos de la región hacen imposible excavar. Otras la sitúan en algún lugar de las Islas Británicas, traída por los caballeros templarios durante las Cruzadas junto con otros objetos y conocimientos cuya naturaleza nunca explicaron del todo.

Ninguna de estas afirmaciones ha podido probarse ni refutarse de manera definitiva, lo cual dice algo importante no sobre el Arca en sí misma sino sobre la naturaleza peculiar de los misterios que la humanidad decide conservar: que su valor no reside en la respuesta sino en la pregunta, y que la pregunta solo puede mantenerse viva mientras la respuesta siga siendo incierta.

Hay otra pregunta, menos dramática en su formulación pero quizás más profunda en sus implicaciones, que acompaña a la primera desde hace siglos y que rara vez se formula con la precisión que merece: ¿qué ha custodiado la masonería, y por qué?

La masonería especulativa, la que conocemos hoy con sus logias organizadas, sus rituales iniciáticos estandarizados y su sistema de grados simbólicos progresivos, surgió formalmente en Londres en 1717 cuando cuatro logias decidieron unirse bajo una Gran Logia común. Pero sus raíces simbólicas se hunden mucho más atrás en el tiempo, siguiendo una trayectoria que los historiadores han reconstruido con paciencia y que los propios masones han adornado con una mitología fundacional de alcance extraordinario.

Los gremios de constructores medievales que levantaron las catedrales góticas de Europa aportaron la estructura organizativa y el vocabulario simbólico de las herramientas. Los caballeros templarios que regresaron de Tierra Santa entre los siglos XII y XIV aportaron algo más difícil de definir: una relación con el Templo de Salomón y con lo que ese templo contuvo que va más allá de la simple admiración histórica. Las tradiciones herméticas y filosóficas del Renacimiento aportaron el marco

intelectual que transformó un gremio de artesanos en una fraternidad de reflexión moral. Y en algún punto de esa larga cadena de transmisión, el símbolo del Arca quedó incorporado al corazón del ritual masónico con una persistencia que no puede explicarse únicamente por razones estéticas o pedagógicas.

El símbolo central de la masonería es el Templo de Salomón. Sus rituales más importantes giran alrededor de su construcción, de la figura del maestro constructor Hiram de Tiro, de la transmisión de conocimientos que ese proceso simboliza. Sus referencias al Arca son constantes, veladas, cargadas de una reverencia que excede el uso meramente alegórico.

Los grados más elevados del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, el sistema ritual más difundido en el mundo, desarrollan narrativas simbólicas que solo tienen sentido pleno si se acepta que detrás del símbolo hay algo que el símbolo está protegiendo. No necesariamente un objeto. Quizás algo de naturaleza distinta, menos tangible y por eso mismo más difícil de confiscar, de destruir, de hacer desaparecer con el fuego o con el tiempo.

¿Qué sabe la masonería que no ha dicho completamente? ¿O qué custodia que no es exactamente lo que parece desde afuera?

Estas son preguntas legítimas, formuladas aquí no con el ánimo conspirativo que suele acompañarlas en ciertos círculos, sino con el respeto que merece cualquier institución que ha sobrevivido tres siglos manteniendo una coherencia simbólica notable en medio de los cambios más profundos que ha vivido la civilización occidental.

La masonería ha sido perseguida por la Iglesia católica, por los regímenes totalitarios del siglo XX, por los fundamentalismos de todas las épocas. Ha sobrevivido a todo eso. Y lo que la ha hecho sobrevivir no puede ser únicamente la sociabilidad entre sus miembros ni el valor sentimental de sus rituales. Tiene que haber algo en el núcleo de lo que custodia que justifica esa persistencia. Algo que sus miembros han considerado, generación tras generación, suficientemente valioso como para mantenerlo vivo bajo cualquier circunstancia.

Esta novela no pretende responder esas preguntas con la certeza que la historia no posee ni la ficción debería fingir. Lo que sí pretende es seguir el rastro de un hombre que decidió hacerlas en serio, con el rigor del historiador entrenado y la obstinación de quien ha entendido que ciertas preguntas no se hacen impunemente.

Un hombre que partió de unos manuscritos encontrados casi por azar en un lote de documentos eclesiásticos adquiridos en subasta, y que al final de un camino que lo llevó por tres continentes y veintiséis siglos de historia descubrió que la respuesta más verdadera no estaba donde la buscaba, sino en el hecho mismo de que durante tres milenios la humanidad no ha podido dejar de buscarla.

Los hechos históricos que aparecen en estas páginas son reales. Los personajes, los diálogos y las conexiones entre los hallazgos son ficción. La pregunta que los mueve a todos es, como siempre ha sido, completamente verdadera.

La alianza, al final, no era un contrato.

Era una dirección.

CAPÍTULO 1

El hombre que no publicó

Edimburgo, noviembre de 1994

La lluvia sobre Edimburgo no cae. Desciende con la parsimonia de quien sabe que tiene toda la noche y ninguna prisa. Es una lluvia sin aspavientos, casi filosófica, que empapa los adoquines del Old Town y convierte los faroles de George Street en manchas amarillas suspendidas en la oscuridad como almas indecisos entre dos mundos. A las once y cuarto de esa noche de noviembre, un hombre sale por la puerta lateral de un edificio de piedra gris cuya fachada no anuncia nada al transeúnte, aunque quienes saben leer ciudades reconocerían en su austeridad calculada la discreción característica de las instituciones que no necesitan presentarse.

El hombre se llama Ezra Lichtmann. Tiene cuarenta y dos años aunque aparenta más, no por deterioro sino por esa especie de gravedad prematura que adquieren ciertos hombres que han leído demasiado muy pronto. Es delgado, de estatura mediana, con el abrigo oscuro ya completamente mojado porque lleva más tiempo del que debería parado en el umbral antes de decidirse a caminar. Bajo el brazo izquierdo aprieta una carpeta de cartón marrón, gruesa, que protege con el codo como si el gesto fuera involuntario y sin embargo perfectamente deliberado. En la mano derecha no lleva nada. La mantiene libre, abierta, como si hubiera soltado hace poco algo que ya no está.

Camina hacia el sur por George Street con la cabeza ligeramente inclinada, no por el peso de la lluvia sino por el de lo que lleva dentro de esa carpeta. Las calles a esa hora están casi vacías. Algún taxi. Un par de estudiantes que corren riendo hacia algún pub cuya luz derramada sobre el pavimento promete calor y olvido provisional. Ezra los mira pasar sin verlos realmente, con esa mirada de quien tiene el foco puesto en algo que no está en ningún lugar de la calle.

Cruza hacia Princes Street y desde ahí sube al puente de North Bridge, el arco de piedra que une el Old Town con el New Town salvando el valle donde en otro tiempo hubo un lago y donde ahora hay jardines oscuros y vías de tren que a esta hora brillan húmedas bajo la llovizna. Se detiene a mitad del puente. Se apoya con el antebrazo libre en el parapeto y mira hacia abajo.

Desde aquí Edimburgo se abre en dos tiempos simultáneos. A la derecha, el castillo en su roca negra, medieval e impasible, con las ventanas de la explanada iluminadas como ojos vigilantes. A la izquierda, la ciudad nueva, sus columnatas georgianas, sus hoteles con los últimos clientes de bar todavía encendidos. Abajo, el vacío del valle y los rieles que en unas horas volverán a llenarse de movimiento. Ezra no mira nada de eso. Mira el agua que corre por el bordillo de piedra del puente y se pierde en la oscuridad.

Dentro de la carpeta hay noventa y cuatro páginas fotocopiadas. Son documentos extraídos esa misma tarde del archivo de la institución que acaba de dejar, reproducidos con el permiso formal de un archivero que los entregó con la cortesía profesional de quien no pregunta para qué. Ezra los ha leído ya tres veces en las últimas horas. La última vez sentado en la sala de consulta con el lápiz parado sobre el cuaderno y la mente moviéndose por delante de la mano, incapaz de escribir lo que iba entendiendo porque entenderlo y escribirlo son dos actos de distinta naturaleza y el segundo tiene consecuencias que el primero todavía no.

Horas antes, cuando salía de la sala de archivos con la carpeta recién formada bajo el brazo, el archivero —un hombre de unos sesenta años llamado Fraser, con el bigote cuidado y los lentes de lectura todavía puestos— lo había detenido en la puerta con una pregunta formulada en el tono neutro de quien en realidad no espera respuesta.

—¿Encontró lo que buscaba, doctor Lichtmann?

Ezra se había detenido un momento antes de responder.

—Encontré algo —dijo—. No estoy seguro todavía de si es lo que buscaba o algo peor.

Fraser lo miró con la expresión levemente divertida de quien ha visto pasar por su archivo a demasiados investigadores con cara de haber tocado algo que los quemó.

—Suele pasar —dijo simplemente, y volvió a su escritorio.

Ezra permaneció unos segundos en el umbral, con la mano en el marco de la puerta, y luego salió sin añadir nada.

Había llegado a Edimburgo tres días antes en un vuelo desde Ginebra con escala en Londres, con una maleta pequeña y el cuaderno de notas que lo acompañaba desde el principio de la investigación, ya casi lleno de una letra apretada que mezclaba el alemán con el inglés y ocasionalmente con el latín cuando citaba fuentes. Llevaba tres años siguiendo un rastro que la mayoría de sus colegas habría descartado por insuficiente o por incómodo. Tres años recorriendo archivos en Basilea, en Roma, en París, en Jerusalén, en El Cairo, construyendo una cadena de evidencias que por separado eran sugerentes pero no concluyentes y que juntas formaban algo que ya no podía ignorarse sin una deshonestidad intelectual que Ezra no estaba dispuesto a practicar.

El problema era exactamente ese: que había llegado demasiado lejos para retroceder y que lo que había encontrado al final del camino era más complejo de manejar de lo que había anticipado cuando empezó. Cuando un historiador inicia una investigación generalmente sabe, al menos en términos generales, adónde lo llevará. Ezra había comenzado la suya con la hipótesis de que la masonería especulativa tenía raíces simbólicas documentables que se extendían mucho más atrás de la fundación formal de 1717, y que esas raíces podían rastrearse a través de los templarios, de las comunidades judías de la diáspora y de tradiciones iniciáticas del Mediterráneo antiguo hasta llegar a una fuente que los rituales masónicos evocaban constantemente sin nombrar de manera explícita. Eso era lo que había buscado. Y eso, en términos generales, era lo que había encontrado.

Pero había encontrado también algo más. Algo que no estaba en el plan original de la investigación y que se había instalado en el centro de ella con la solidez perturbadora de lo que no puede fingirse que no existe.

Ahora, en el puente, reconstruye mentalmente lo que leyó. No el contenido literal de los documentos, que ya tiene memorizado con la precisión que da la lectura repetida, sino la arquitectura de lo que significan cuando se ponen en relación. Esa es la habilidad que distingue al historiador del mero lector de archivos: no la capacidad de encontrar documentos sino la de ver lo que forman cuando se colocan unos junto a otros, como piezas de un mosaico cuyo diseño completo ninguna de ellas contiene por separado.

Y lo que forman estos documentos, puestos en relación con todo lo que Ezra ha reunido en los últimos tres años de investigación, es una cadena. Una cadena de transmisión que une siglos y geografías y nombres de instituciones distintas, y que al final de su recorrido llega aquí, a esta ciudad, a esta institución, y señala algo que Ezra lleva meses aproximándose a entender y que esta tarde, en esa sala con la luz artificial y el silencio de los archivos alrededor, ha terminado de comprender con una claridad que no encuentra la manera de celebrar.

Sabe lo que debería hacer. Debería regresar al hotel, abrir el ordenador portátil, y empezar a escribir el artículo que lleva dieciocho meses preparando. Tiene el esquema, las notas, las referencias cruzadas, el argumento y la evidencia suficiente para sostenerlo ante cualquier par académico. Lo que tiene, en otras palabras, es exactamente lo que un historiador de su formación necesita para publicar. Lo que tiene es una verdad histórica documentada y la obligación intelectual de hacerla pública.

Y sin embargo está parado en este puente con la carpeta contra el pecho y algo que no es exactamente miedo pero que ocupa el mismo espacio que el miedo.

Porque Ezra lleva tres días en Edimburgo y en esos tres días ha hablado con cuatro personas distintas, en contextos distintos, y en cada una de esas conversaciones ha percibido la misma cosa: que lo que está a punto de publicar no va a iluminar nada. Va a armar algo. Le va a dar a quienes quieren demoler cierta tradición el instrumento que necesitaban para hacerlo con apariencia de rigor académico.

La conversación más clara al respecto la tuvo ayer por la tarde con un masón de grado elevado, hombre de setenta años y nombre que Ezra prefiere no consignar ni en su cuaderno, que lo recibió en su casa del New Town con la cortesía formal de quien sabe que la conversación va a ser difícil y ha decidido de antemano mantener la temperatura baja.

—Lo que usted ha encontrado —le dijo el anciano, sirviéndole un whisky que Ezra no había pedido pero que aceptó porque la situación lo requería— es verdadero en el sentido histórico. No lo discuto. Pero la verdad histórica y la verdad útil no siempre son la misma cosa, doctor Lichtmann. Usted lo sabe. Es historiador.

—Precisamente por eso tengo la obligación de publicarlo —respondió Ezra.

—La obligación —repitió el anciano, con un énfasis suave que convertía la palabra en pregunta—. ¿Obligación ante quién? ¿Ante la disciplina? ¿Ante sus colegas? ¿Ante una abstracción llamada verdad que vive muy cómodamente en las universidades pero que en el mundo real produce efectos que los académicos raramente se quedan a ver?

Ezra no respondió de inmediato. Bebió el whisky, que era bueno, y miró por la ventana los jardines del New Town con la lluvia cayendo sobre los arbustos recortados.

—Usted me está pidiendo que calle —dijo finalmente.

—Le estoy pidiendo que piense —corrigió el anciano—. Que piense en qué pasa cuando se demuestra que el núcleo simbólico de una institución que lleva trescientos años transmitiendo valores que este mundo necesita es, en el mejor de los casos, una metáfora sin objeto y, en el peor, una tradición construida sobre la nada. No le pido que mienta. Le pido que considere si la verdad que tiene en las manos es una herramienta o una bomba, y quién va a recogerla cuando usted la suelte.

Ezra había dejado el vaso sobre la mesa con más cuidado del necesario, como si necesitara ese gesto para ordenar lo que pensaba antes de responder.

—Lo que usted llama tradición —dijo— ha sobrevivido trescientos años precisamente porque sus miembros creyeron que valía la pena sostenerla con honestidad. No con silencio cómodo. Si la institución solo puede sobrevivir mientras nadie la examina de cerca, entonces el problema no es mi investigación. Es la institución.

El anciano lo miró durante un momento largo sin responder. Luego asintió lentamente, con la expresión de quien reconoce un argumento sin rendirse ante él.

—Es posible que tenga razón —dijo—. También es posible que lo que usted llama honestidad yo lo llame imprudencia. El tiempo dirá quién estaba en lo correcto. Pero el tiempo tarda, doctor Lichtmann. Y el daño es inmediato.

Se habían despedido con cortesía, sin resolución, como dos hombres que han tenido una conversación necesaria y han llegado al punto exacto donde la lógica de cada uno se vuelve impenetrable para el otro.

Ahora, en el puente, esa conversación sigue resonando con una insistencia que Ezra no puede resolver. Porque el anciano tenía razón en parte. Eso es lo que lo tiene paralizado: no la presión, no el miedo, sino el hecho incómodo de que su antagonista de ayer tenía argumentos reales y no solo intereses que proteger. Y Ezra, que lleva veinte años entrenándose para distinguir entre los dos, no está completamente seguro esta noche de dónde termina uno y dónde empieza el otro.

Un tren pasa por debajo del puente con un estruendo breve que sacude el aire y desaparece hacia el poniente dejando un silencio más denso que el anterior. Ezra mira sus manos apoyadas en el parapeto mojado. Las manos de un historiador de cuarenta y dos años que esta noche tiene que decidir qué hace con lo que sabe.

Abre la carpeta. Mira las primeras páginas con la lluvia cayendo sobre ellas. Las mira durante un tiempo que no podría precisar. Luego la cierra, la aprieta contra el pecho, da media vuelta y camina de regreso hacia el hotel.

En la habitación, deja la carpeta sobre la mesa, abre el cuaderno en la última página escrita y debajo de sus notas añade tres líneas en alemán con letra apretada y regular. No son conclusiones académicas. Son algo más parecido a una confesión privada, escrita para nadie porque a veces las decisiones más importantes necesitan un testigo aunque ese testigo sea uno mismo.

Cierra el cuaderno. Apaga la lámpara. Se queda en la oscuridad de la habitación escuchando la lluvia contra el cristal de la ventana, que en Edimburgo tiene un sonido particular, casi musical, como si la ciudad supiera que está siendo observada y no le importara.

A la mañana siguiente toma el primer vuelo a Ginebra.

No publica nada.

CAPÍTULO 2

Los folios de Lisboa

Edimburgo, enero de 2024

El piso de Marchmont que Tomás del Llano Amezcua ocupa desde hace tres años tiene las virtudes y los defectos de todos los pisos edimburgueses de su categoría: techos altos que en invierno acumulan el frío con la misma eficiencia con que en verano acumulan el calor, ventanas de guillotina que nunca cierran del todo y por cuyas rendijas se cuela un viento que huele a piedra mojada y a siglos de historia urbana sin limpiar. Las paredes están cubiertas de libros ordenados con una lógica que solo Tomás comprende y que tiene más que ver con la cronología de sus lecturas que con ningún criterio bibliográfico convencional. Hay una mesa de trabajo junto a la ventana que da a la calle, siempre cubierta de papeles en estratos sucesivos que Tomás llama su sistema de archivo y que cualquier observador externo llamaría sin vacilar un caos bien alimentado. Y hay una pipa de brezo sobre el cenicero de piedra, junto al ordenador, que Tomás enciende cuando trabaja de noche y que impregna el ambiente con un olor a tabaco dulce que se ha vuelto tan constitutivo del piso como la humedad de las paredes.

Nació en Oaxaca hace cincuenta y dos años, en una familia de maestros que le enseñaron que los libros no son adornos y que las preguntas sin respuesta son más valiosas que las respuestas sin pregunta. Se formó en la UNAM con la convicción de que la historia antigua del Mediterráneo era el territorio intelectual donde quería pasar su vida, hizo un posdoctorado en la Universidad de Edimburgo veinte años atrás bajo la tutela de un historiador escocés ya fallecido que le enseñó que el rigor y la imaginación no son cualidades contradictorias en un investigador sino las dos mitades de la misma herramienta. Y terminó regresando a esta ciudad, a esta universidad, cuando Simon Fanshawe —entonces decano de humanidades, ahora rector recién nombrado con toda la energía reformista de quien acaba de obtener el poder que llevaba años esperando— lo llamó por teléfono un martes de octubre con una propuesta que Tomás tardó exactamente cuarenta y ocho horas en aceptar.

—Lo que quiero —le había dicho Fanshawe en esa llamada, con la precisión directa que lo caracterizaba— es un trabajo serio sobre las órdenes iniciáticas que nacieron en la Antigüedad y que siguen operando hoy. No una historia popular, no un libro de divulgación. Una investigación académica rigurosa que establezca las líneas de continuidad simbólica entre las tradiciones antiguas y las instituciones modernas. Tengo fondos, tengo tiempo y tengo la certeza de que usted es la persona correcta para hacerlo.

—¿Por qué yo? —había preguntado Tomás.

—Porque usted es lo suficientemente riguroso para no inventarse lo que no encuentra y lo suficientemente curioso para no detenerse antes de encontrarlo —respondió Fanshawe—. Y porque habla latín, hebreo

funcional y árabe básico, que para este trabajo no es un lujo sino una necesidad.

Tomás había aceptado. Y llevaba tres años en Marchmont construyendo el archivo más completo que había reunido en su vida profesional: la masonería especulativa, los rosacruces, las órdenes derivadas del Temple, los grupos herméticos del Renacimiento y sus ramificaciones en el mundo contemporáneo. Cientos de fuentes primarias, miles de páginas de notas, una hipótesis de trabajo que todavía no sabía si era brillante o ingenua pero que se negaba a abandonar: que todas estas órdenes, con sus diferencias de superficie y sus conflictos históricos, compartían un núcleo simbólico común que podía rastrearse hasta una fuente única en el Mediterráneo antiguo. Una fuente que ninguno de ellos nombraba de manera directa pero a la que todos señalaban, con distintos gestos y distintos vocabularios, como si fueran personas que describen el mismo objeto sin haberlo visto nunca directamente.

El martes en que todo cambió era un día gris de enero, lo cual en Edimburgo es una redundancia climática pero no narrativa, porque hay grises y grises y el de ese martes tenía la densidad específica de los días en que algo está a punto de ocurrir sin que nadie lo sepa todavía.

Fanshawe lo había llamado a su despacho en el Old College a las tres de la tarde. Era un hombre de sesenta años, alto, con el pelo entrecano y esa especie de jovialidad controlada que tienen los administradores inteligentes que han aprendido a no mostrar todo lo que piensan porque en las instituciones la transparencia completa es un lujo que solo se pueden permitir quienes no tienen nada que perder. Tenía sobre el escritorio un tubo de cartón de unos cuarenta centímetros.

—Siéntese, Tomás —dijo, usando el nombre de pila con la familiaridad de quien lleva años construyéndola deliberadamente—. Tengo algo que mostrarle y no sé bien qué hacer con ello.

Tomás se sentó. Fanshawe empujó el tubo hacia él a través del escritorio.

—La universidad adquirió en diciembre un lote de documentos en una subasta de bienes eclesiásticos en Lisboa. Cosas de sacristía, en su mayoría: inventarios del siglo XVIII, correspondencia administrativa, ese tipo de material que compras en bloque porque entre la basura a veces hay algo que vale. Yo revisé el lote superficialmente y lo mandé al departamento de catalogación. Pero estos tres —señaló el tubo— me los devolvieron con una nota que decía que el latín no era ordinario y que convenía que alguien con más criterio los mirara.

—¿Y ese alguien soy yo —dijo Tomás. No era pregunta.

—Ese alguien es usted —confirmó Fanshawe, y en su tono había algo que Tomás no supo leer del todo en ese momento y que solo entendería mucho después.

Tomás tomó el tubo, lo abrió con cuidado y extrajo los tres folios envueltos en papel libre de ácido. Los desplegó sobre el escritorio de Fanshawe con la delicadeza automática de quien ha manejado documentos antiguos durante toda su vida profesional. Los miró durante un minuto sin decir nada.

—¿Cuándo puedo llevármelos?

—Ahora mismo, si quiere —dijo Fanshawe.

Esa noche, solo en su piso con una copa de vino tinto y la lámpara de escritorio encendida, Tomás examinó los folios con la lupa y la luz rasante. El soporte era pergamino animal, con una textura y un color que sugerían antigüedad considerable, aunque la datación precisa requeriría análisis de laboratorio. La tinta, de carbón con una oxidación irregular que no podía fingirse, apuntaba también hacia atrás en el tiempo con una consistencia que no olía a falsificación. El texto principal estaba en un latín tardío de construcción cuidadosa pero con rasgos sintácticos que lo alejaban del latín clásico y lo situaban en algún punto entre los siglos IV y VII de nuestra era. Hasta ahí, interesante pero no extraordinario.

Lo que lo detuvo fueron las anotaciones marginales. Había dos manos distintas, ambas trabajando sobre el texto principal pero en momentos claramente distintos. La primera, en hebreo cuadrado de trazo seguro y tinta más oscura, había añadido correcciones y referencias cruzadas en los márgenes superior e inferior de los tres folios. La segunda, en un árabe que Tomás reconoció como arcaico aunque no podía fecharlo con la precisión que hubiera querido, había añadido sus propias notas sobre las notas hebreas, como si estuviera dialogando con una voz anterior. El documento había pasado por al menos tres manos a lo largo de varios siglos. No era un documento litúrgico. Era un documento de trabajo, de transmisión activa, de alguien que usaba lo que recibía para añadir lo que sabía.

Tomás leyó el texto latino primero, despacio, con el diccionario de latín tardío abierto junto a la copa de vino aunque apenas lo necesitó. Luego las anotaciones hebreas, con más dificultad pero sin detenerse. Luego el árabe marginal, con el diccionario de árabe clásico y una concentración que le tensó los hombros sin que se diera cuenta.

A las once de la noche se levantó, fue a la cocina, preparó café, volvió a la mesa y releyó todo desde el principio.

Lo que lo había detenido en la primera lectura era una frase en el margen hebreo, escrita con la mano más antigua, en el borde inferior del segundo folio. Era una frase sin contexto explícito, escrita como si fuera una aclaración a algo que el texto latino decía de manera oblicua. Podía traducirse, con las reservas que obliga cualquier traducción de un texto fragmentario, aproximadamente así: *el receptáculo fue separado de su*

contenido antes de que llegaran los del norte, y el contenido enviado por la ruta del mar interior.

El receptáculo. El contenido. Los del norte.

Tomás conocía ese vocabulario. Llevaba veinte años estudiando los textos del período del Primer Templo y sabía con la precisión del especialista que en el vocabulario bíblico y para bíblico del siglo VI antes de Cristo, los del norte eran los babilonios. Siempre los babilonios, que vinieron desde el norte y el este y destruyeron Jerusalén en el año 586 antes de Cristo y se llevaron a la élite del pueblo judío al exilio. El receptáculo y su contenido, en ese contexto, no podían referirse a muchas cosas. En realidad, con esa especificidad, con esa reverencia velada que impregnaba la frase entera, solo podían referirse a una.

No durmió. A las tres de la mañana escribió en su cuaderno una sola pregunta, subrayada dos veces: *¿separado cuándo, por quién, y adónde fue el contenido?*

A las cuatro seguía en la mesa, con la pipa encendida y los tres folios ante él, y tenía ya la certeza tranquila y un poco aterradora de quien ha encontrado sin buscarlo exactamente el hilo que llevaba años esperando que apareciera. No sabía todavía adónde lo llevaría. Sabía que no podía no seguirlo.

Cuando amaneció, con el cielo de Edimburgo pasando del negro al gris plomo que en enero es lo más parecido a la mañana que esa ciudad ofrece, Tomás seguía en la silla. La pipa se había apagado. La copa de vino llevaba horas vacía. Los folios estaban exactamente donde los había dejado, bajo la luz de la lámpara, con sus siglos encima y su pregunta sin respuesta todavía intacta.

Se levantó, fue a la ventana, y miró la calle mojada de Marchmont. Un hombre paseaba un perro con el paso resignado de quien sabe que el frío no tiene remedio. Un autobús pasó despacio dejando una estela de luz en el asfalto húmedo.

Por primera vez desde que llegó a Edimburgo, la investigación que Fanshawe le había encargado había dejado de ser un trabajo para convertirse en algo que no podía controlar. Y Tomás, que llevaba toda su vida profesional eligiendo con cuidado las preguntas que decidía hacerse, entendió esa mañana que esta vez la pregunta lo había elegido a él. Al día siguiente Tomás fue al despacho de Fanshawe a primera hora con los folios bajo el brazo y una lista de preguntas que había estado afinando durante el desayuno. La secretaria lo hizo esperar diez minutos en el pasillo, lo cual en términos de protocolo universitario era casi una intimidad.

Fanshawe lo recibió de pie, con la chaqueta ya puesta y el aire de quien tiene tres reuniones más antes del mediodía.

—¿Y bien? —dijo simplemente.

—Son auténticos —dijo Tomás—. O al menos no tengo razón ninguna para pensar que no lo son. Necesito mandarlo a datar por carbono, pero la materialidad del documento es consistente con una antigüedad considerable. El texto principal es latín tardío, siglos IV al VII probablemente. Las anotaciones son posteriores, dos manos distintas, hebreo y árabe.

—¿Y el contenido?

Tomás dudó un momento. No porque no supiera qué decir sino porque aún no había decidido cuánto decir.

—El contenido es lo que me tiene en pie desde las tres de la mañana —dijo—. Hay una referencia en las anotaciones hebreas que si la interpretación es correcta, y creo que lo es, apunta hacia algo que cambia el foco de toda mi investigación.

Fanshawe lo miró con esa atención particular que tenía cuando algo le interesaba de verdad, diferente de su atención administrativa habitual.

—¿Hacia dónde?

—Hacia Jerusalén, primero —dijo Tomás—. Y luego a donde me lleve el rastro.

Fanshawe asintió despacio, con la expresión serena de quien esperaba exactamente esa respuesta.

—¿Qué necesita?

—Permiso para viajar con cargo al proyecto, autorización para enviar los folios a datar, y un contacto en la Autoridad de Antigüedades de Israel que me abra puertas que a un extranjero normalmente no se abren.

—Lo primero lo tiene desde ahora —dijo Fanshawe—. Lo segundo también. El tercero lo tendrá antes del viernes.

Se estrecharon la mano y Tomás salió al pasillo del Old College con los folios bajo el brazo y la sensación nítida, casi física, de que acababa de cruzar un umbral que no tenía vuelta atrás. El pasillo olía a madera vieja y a siglos de pasos académicos. Por las ventanas altas entraba la luz gris de enero sobre los adoquines del patio interior. Tomás caminó despacio hacia la salida, mirando el suelo, calculando.

Esa tarde envió los folios a un laboratorio de datación por carbono en Zúrich en un sobre acolchado con tres capas de protección y una carta de presentación con membrete de la universidad. El resultado tardaría tres semanas. Mientras tanto escribió a Miriam Azar a Jerusalén, arqueóloga especializada en el período del Primer Templo con quien había intercambiado correos ocasionales durante años, residuo de un congreso de arqueología del Mediterráneo en Roma al que los dos habían asistido hacía cinco años y donde habían tenido una conversación larga sobre estratigrafía del período salomónico que ninguno de los dos había tenido prisa por terminar.

El correo que le escribió esa tarde era más urgente que cualquiera de los anteriores. Le decía que tenía algo que mostrarle. Que era importante. Que necesitaba verla en Jerusalén lo antes posible.

Luego apagó el ordenador, encendió la pipa, y se quedó mirando el espacio vacío del escritorio donde los folios habían estado hasta esa mañana. La calle de Marchmont afuera era la misma de siempre. El frío de enero pegaba contra el cristal con su insistencia habitual. Pero algo en el piso había cambiado de temperatura esa noche, y Tomás lo sabía con la certeza silenciosa de quien reconoce, sin poder explicarlo del todo, el momento exacto en que una vida gira.

CAPÍTULO 3

El archivero de San Jerónimo

Madrid, febrero de 2024

El vuelo de Edimburgo a Madrid sale a las seis cuarenta de la mañana, lo cual en enero significa abordar en la oscuridad completa y aterrizar en una luz que todavía no ha decidido si es de día o no. Tomás lo tomó con la maleta pequeña de siempre, el cuaderno de notas en la mochila y el tubo de cartón con los folios bajo el brazo, aunque los originales iban ahora en Zúrich esperando el análisis de carbono y lo que llevaba eran reproducciones de alta resolución impresas en papel fotográfico que el laboratorio de la universidad había preparado con una calidad que para los efectos prácticos de la consulta era indistinguible del original. Los originales eran irreemplazables. Las reproducciones eran lo que necesitaba mostrar.

Fray Anselmo Cordero llevaba cuarenta y un años en el monasterio de San Jerónimo el Real, adosado al Museo del Prado en el corazón de Madrid, y en esos cuarenta y un años había visto pasar por la sala de archivos suficientes investigadores como para desarrollar una taxonomía personal de las especies: el entusiasta sin método, el metódico sin intuición, el erudito que ya sabe lo que quiere encontrar antes de abrir ningún documento, y el raro, el que llega sin saber exactamente qué busca pero con la suficiente preparación para reconocerlo cuando lo ve. Tomás del Llano pertenecía a esta última categoría, y Fray Anselmo lo había identificado así desde el congreso de Salamanca quince años atrás donde compartieron mesa en una cena que se prolongó hasta la medianoche discutiendo la transmisión de textos litúrgicos en el Mediterráneo tardoantiguo con la animación de dos personas que raramente encuentran a alguien dispuesto a discutir ese tema a esa hora.

Se habían escrito ocasionalmente desde entonces. No con la frecuencia de una amistad activa sino con la calidad de una que no necesita el contacto constante para mantenerse viva. Cuando Tomás le escribió desde Edimburgo explicando que tenía tres folios que necesitaba que

alguien con su especialidad examinara, Fray Anselmo respondió en menos de dos horas: que viniera cuando quisiera, que le reservaba dos días completos, y que si el latín era tan raro como describía le interesaba verlo aunque no pudiera ayudar.

El monasterio a esa hora de la mañana tenía la quietud específica de los lugares religiosos que llevan siglos practicando el silencio y lo han convertido en arquitectura. Fray Anselmo lo esperaba en la portería con el hábito negro y los lentes de lectura colgados del cuello, más delgado de como Tomás lo recordaba pero con los mismos ojos claros y la misma expresión de quien ha hecho las paces con el tiempo hace mucho.

—Tomás —dijo, estrechándole la mano con las dos suyas—. Tiene cara de no haber dormido bien en semanas.

—Meses —corrigió Tomás—. ¿Podemos empezar hoy mismo?

—Ya tengo la sala preparada.

La sala de consulta del archivo era pequeña, con luz natural desde una ventana que daba a un patio interior de naranjos y una mesa de madera antigua con una lámpara de brazo articulado que Fray Anselmo manejaba con la familiaridad de un instrumento quirúrgico. Tomás desplegó las reproducciones sobre la mesa con el mismo cuidado que habría usado con los originales. Fray Anselmo se puso los lentes, encendió la lámpara, y se inclinó sobre el primer folio sin decir nada.

Permaneció así durante veinte minutos. Tomás no interrumpió. Sabía que ese silencio no era contemplativo sino de trabajo, que detrás de esa quietud había un sistema de análisis refinado por décadas que no necesitaba comentario en tiempo real para funcionar.

Cuando Fray Anselmo se incorporó, se quitó los lentes y los limpió con el hábito antes de hablar, que era su manera de tomarse un segundo adicional antes de decir algo que requería precisión.

—El soporte es pergamino de origen animal —dijo—. La preparación de la piel, el grosor, el color de la oxidación: todo apunta a una datación entre los siglos V y VII de nuestra era. El carbono lo confirmará o lo ajustará, pero no creo que se aleje mucho de ese rango.

—¿Y el texto?

—El latín es del Mediterráneo oriental. No romano occidental, no africano. Palestina o Siria, diría yo, con más probabilidad Palestina por ciertos rasgos en el uso de los casos. Es un latín de alguien que lo aprendió como segunda lengua pero lo dominaba bien, con giros que delatan una formación que no es exclusivamente eclesiástica romana.

—¿Las anotaciones?

Fray Anselmo volvió a inclinarse sobre el segundo folio, esta vez con la lupa que había sacado del bolsillo del hábito.

—El hebreo es cuadrado, posterior al texto latino en al menos dos siglos según la evolución del trazo. El árabe —se detuvo, se inclinó más— es más difícil. No es árabe clásico del período omeya. Tiene rasgos que lo acercan a tradiciones escribanas del Mediterráneo oriental entre los siglos IX y XI, pero hay algo en la formación de ciertas letras que no encaja del todo con ninguna escuela que yo conozca directamente. Lo que sí puedo decirle es que quien lo escribió no era árabe de origen. Era alguien que usaba el árabe como lengua de transmisión, no como lengua materna.

—¿Una lengua de transmisión —repitió Tomás—. ¿Transmisión de qué?

Fray Anselmo dejó la lupa sobre la mesa y lo miró con la expresión serena de quien está a punto de decir algo que preferiría no tener que decir.

—Eso es lo que me resulta más interesante y más incómodo de estos documentos, Tomás. No pertenecen a ninguna tradición escribana identificable con certeza. No son eclesiales romanos, no son coptos, no son siríacos en sentido estricto. Son algo intermedio. Como si quien los escribió y quienes los anotaron después estuvieran todos en el margen de varias tradiciones sin pertenecer completamente a ninguna.

—¿Y eso qué sugiere?

—Sugiere —dijo Fray Anselmo, eligiendo la palabra con cuidado— que estamos ante el tipo de documento que circulaba en redes de transmisión iniciática en el Mediterráneo tardoantiguo. Grupos que operaban en los márgenes de las religiones establecidas, que usaban las lenguas de esas religiones como herramientas sin pertenecer a sus instituciones, y que transmitían conocimientos o tradiciones que ninguna de esas instituciones habría aprobado formalmente.

La palabra iniciática quedó flotando en el aire de la sala con el peso específico de los términos que dicen más de lo que parecen.

—No te voy a preguntar adónde te lleva esto —dijo Fray Anselmo después de una pausa—, porque creo que ya lo sabes y creo que no me va a gustar la respuesta.

—Probablemente no —admitió Tomás.

—¿Puedo preguntarte qué dice el texto? No las anotaciones. El texto latino principal.

Tomás abrió su cuaderno en la página donde había anotado la traducción completa la noche de la primera lectura. Se la pasó a Fray Anselmo. El monje la leyó despacio, con los lentes puestos de nuevo, y cuando terminó permaneció mirando el cuaderno un momento antes de devolverlo.

—La frase del margen hebreo —dijo—. La del receptáculo y el contenido y los del norte.

—Sí.

—¿Tú crees que se refiere a lo que yo creo que se refiere?

—Sí.

Fray Anselmo se levantó, fue a la ventana y miró el patio de los naranjos. Había una fuente en el centro que no funcionaba en invierno y cuyo silencio tenía algo de elocuente en ese momento.

—Llevas veinte años estudiando ese período —dijo sin volverse—. Si tú dices que esa frase significa lo que parece significar, yo no tengo argumentos para contradecirte. Lo que sí tengo es la suficiente experiencia con documentos de este tipo como para decirte que la procedencia de estos folios es exactamente el tipo de procedencia que deberías investigar antes que nada. No el contenido. La cadena de custodia.

—¿Por qué?

—Porque si estos folios llegaron a una subasta de bienes eclesiásticos en Lisboa, significa que en algún momento estuvieron en manos de la Iglesia. Y si estuvieron en manos de la Iglesia y nadie los identificó como lo que parecen ser, hay dos posibilidades: o nadie los leyó con suficiente atención, o alguien los leyó y decidió que era mejor no identificarlos.

Tomás lo miró.

—¿Crees que alguien los ocultó dentro del archivo eclesiástico deliberadamente?

Fray Anselmo se volvió desde la ventana con una expresión que mezclaba la incomodidad del hombre de fe con la lucidez del archivero.

—Creo que no sería la primera vez que algo incómodo se guarda entre documentos aburridos esperando que nadie lo encuentre —dijo—. Y creo que tú acabas de encontrarlo.

Pasaron el resto del día y la mayor parte del día siguiente trabajando sobre las reproducciones con meticulosidad compartida, cotejando referencias, estableciendo paralelos con corpus documentales que Fray Anselmo conocía de memoria y que Tomás había estudiado pero no con la profundidad que daba el trabajo diario con el material. Al final del segundo día tenían una ficha paleográfica completa que confirmaba todo lo que Fray Anselmo había dicho en la primera sesión y añadía tres referencias cruzadas con documentos siríacos del siglo VI que compartían rasgos formales con el texto latino, lo cual reforzaba la hipótesis de una procedencia palestina o siria y de una tradición de transmisión que operaba en los márgenes de las grandes iglesias establecidas.

La tarde del segundo día, antes de que Tomás tomara el taxi al aeropuerto, Fray Anselmo lo acompañó hasta la puerta del monasterio con el paso lento de quien tiene algo más que decir y está calculando cómo decirlo.

—Tomás —dijo cuando llegaron al umbral—. Ten cuidado.

—¿Con qué específicamente?

—Con la velocidad. Los documentos de este tipo tienen una manera de acelerar a quien los sigue. De hacer que la siguiente pista parezca urgente antes de que hayas terminado de entender la anterior. He visto buenos historiadores equivocarse no porque faltara rigor sino porque sobraba prisa.

Tomás asintió. Se estrecharon la mano en el umbral con el frío de febrero de Madrid entrando desde la calle.

En el taxi al aeropuerto, Tomás abrió el cuaderno y escribió debajo de las notas de los dos días: *Cadena de custodia. ¿Quién los guardó? ¿Por qué en Lisboa? ¿Quién los ocultó entre documentos de sacristía y cuándo?* Luego, debajo, con letra más pequeña: *Fray Anselmo tiene razón en lo de la velocidad. Pero la respuesta no está en Madrid.*

Estaba en Jerusalén. Siempre había estado en Jerusalén. Esa noche, en el hotel frente al Retiro, Tomás escribió a Miriam Azar. No era el primer correo que le mandaba desde que encontró los folios, pero sí el primero en el que le explicaba con detalle lo que había encontrado. Los anteriores habían sido tentativas, globos de sondeo enviados con la cautela de quien no quiere revelar demasiado antes de saber si la puerta que llama va a abrirse. Este era distinto: directo, específico, con la información suficiente para que Miriam entendiera de qué se trataba y pudiera decidir si quería involucrarse con pleno conocimiento de lo que eso implicaba.

Le explicó los folios. La frase del margen hebreo. La hipótesis que esa frase sostenía. Lo que necesitaba en Jerusalén: acceso a los túneles del Muro Occidental, acceso a los archivos de la Autoridad de Antigüedades para el período del Primer Templo, y la perspectiva de alguien que conociera la estratigrafía del Monte del Templo con la profundidad que solo da el trabajo de campo sostenido durante años. Le decía también, con la honestidad que la relación entre ellos permitía, que esto podía ser una quimera y que era perfectamente legítimo decirle que no.

Miriam respondió a la mañana siguiente, antes de que Tomás hubiera desayunado.

El correo era breve, característicamente directo, sin preámbulos ni cortesías innecesarias: *Llegue el martes. Le doy dos horas para convencerme de que vale la pena. Si lo consigue, hablamos de accesos. Si no, le recomiendo buenos restaurantes en el centro. Miriam.*

Tomás leyó el correo dos veces, sonrió levemente, y reservó el vuelo.

Mientras esperaba en el aeropuerto de Barajas esa tarde, con la maleta facturada y dos horas por delante, revisó el correo en el teléfono y encontró uno que no reconocía. La dirección era una combinación de letras y números sin patrón aparente, el tipo que generan los servicios de correo anónimo. El asunto estaba en blanco. El cuerpo del mensaje

tenía dos líneas en inglés, sin firma, sin membrete, sin ningún elemento que permitiera identificar al remitente:

What you are looking for has already been found. I recommend you consider whether the search is worth what it will cost.

Lo que busca ya fue encontrado. Le recomiendo considerar si la búsqueda vale lo que costará.

Tomás lo releyó cuatro veces. Luego lo reenvió a su dirección principal con una sola palabra en el asunto: *Guardado.* Después apagó la pantalla del teléfono y lo metió en el bolsillo de la chaqueta.

La sala de embarque del aeropuerto tenía el ruido blanco habitual de los espacios de tránsito: conversaciones en varios idiomas, anuncios por megafonía, el sonido de las ruedas de las maletas sobre el suelo de terrazo. Tomás se quedó mirando el panel de salidas durante un momento, sin leerlo realmente, calculando.

Alguien sabía que estaba siguiendo ese rastro. Alguien que tenía acceso a su dirección de correo o que había logrado obtenerla por otros medios. Alguien que en lugar de actuar directamente prefería advertir, lo cual decía algo sobre sus métodos: no eran los de quien usa la fuerza sino los de quien usa la información. Y alguien que decía que lo que Tomás buscaba ya había sido encontrado, lo cual o era una mentira para disuadirlo o era la verdad más inquietante que podía recibir en ese momento.

Pensó en Fray Anselmo y en su advertencia sobre la velocidad. Pensó en los folios en Zúrich esperando el análisis. Pensó en la frase del margen hebreo y en la cámara vaciada que Miriam le había descrito en uno de sus correos anteriores al hablar de ciertos hallazgos estratigráficos en los túneles que nadie había sabido bien cómo interpretar.

El vuelo a Tel Aviv salía en cuarenta minutos. Tomás recogió la mochila, guardó el cuaderno de notas, y caminó hacia la puerta de embarque con el paso regular de quien ha tomado una decisión y ya no necesita volver a tomarla.

CAPÍTULO 4

Bajo el Monte

Jerusalén, febrero-marzo de 2024

El aeropuerto Ben Gurión tiene la particularidad de recibir al viajero con una eficiencia que roza la hostilidad. Los controles de seguridad son los más rigurosos del mundo y los agentes que los administran tienen la mirada entrenada de quien ha aprendido a leer personas con la misma precisión con que un paleógrafo lee documentos: buscando no lo que se muestra sino lo que se oculta, no la superficie sino la estructura que hay debajo. Tomás pasó los controles sin incidentes, recogió la maleta y

siguió las señales hacia la salida de llegadas con el cansancio acumulado de dos días de viaje y muy poco sueño.

Miriam Azar lo esperaba al otro lado de las puertas automáticas con los brazos cruzados y una expresión que no era exactamente de bienvenida pero tampoco de hostilidad: era la expresión neutral y evaluadora de quien reserva el juicio hasta tener información suficiente. Tenía cuarenta y cuatro años, pelo oscuro recogido con un clip sin cuidado aparente, ropa de trabajo en tonos tierra que no hacían ningún esfuerzo por ser elegantes. Le extendió la mano con firmeza.

—Doctor del Llano —dijo en español, con un acento que tenía capas: el hebreo de base, el inglés académico encima, y el español aprendido en Barcelona que asomaba en ciertas vocales con algo de Mediterráneo compartido—. Tiene exactamente dos horas para convencerme.

—Lo sé —dijo Tomás—. ¿Podemos empezar en el coche?

Miriam lo miró un segundo, valorando algo.

—Suba —dijo.

Mientras el coche avanzaba por la autopista hacia Jerusalén con el paisaje árido de las colinas de Judea abriendo a los lados, Tomás le explicó todo. No el resumen diplomático que había ensayado en el avión sino la versión completa, con los folios, con la frase del margen hebreo, con el análisis de Fray Anselmo, con el correo anónimo en el aeropuerto de Barajas. Miriam escuchó sin interrumpir, con la vista en la carretera y una concentración que Tomás aprendería a reconocer como su forma de indicar que algo le interesa de verdad: el silencio activo de quien procesa mientras escucha.

Cuando Tomás terminó, Miriam permaneció callada durante casi un minuto completo.

—El problema —dijo finalmente— no es si el Arca existió como objeto histórico. Ese es un debate arqueológico legítimo con evidencia en ambos lados. El problema es que el Monte del Templo es hoy la Explanada de las Mezquitas, que está bajo jurisdicción del Waqf islámico, y que la sola mención de excavaciones en esa área desencadena reacciones políticas y religiosas que van mucho más allá de cualquier investigación académica.

—No estoy pidiendo excavar el Monte del Templo —dijo Tomás.

—Lo sé. Pero lo que me está describiendo apunta hacia allá inevitablemente, y necesita entender el terreno antes de dar cualquier paso. —Hizo una pausa breve—. Tengo acceso a los túneles del Muro Occidental. Llevan décadas excavados y estudiados y hay estratigrafía del período del Primer Templo que en algunos tramos no ha sido analizada de manera sistemática desde perspectiva del período salomónico tardío. Si hay algo que encontrar en el registro arqueológico del año 586, podría estar ahí.

—¿Cuándo podemos entrar?

—Mañana por la mañana —dijo Miriam—. Esta tarde le muestro la ciudad.

Jerusalén desde el interior de la Ciudad Vieja tiene una densidad que no es solo arquitectónica sino temporal: el aire parece más pesado que en cualquier otro lugar, cargado de siglos superpuestos que no terminan de asentarse. Miriam lo llevó por el Barrio Judío hasta el Muro Occidental, y desde ahí le explicó la topografía subterránea con la fluidez de quien ha pasado más horas bajo tierra que sobre ella. Los túneles que la Autoridad de Antigüedades había excavado a lo largo del costado norte del Muro seguían el trazado de la muralla de contención del Monte del Templo herodiano hacia abajo, hacia estratos más antiguos, hacia el período del Primer Templo que era lo que Tomás necesitaba.

—Aquí —le dijo Miriam señalando un punto en el mapa que había desplegado sobre una mesa del pequeño centro de visitantes—, a unos veinte metros de profundidad, hay una serie de cámaras que corresponden al período entre el siglo X y el VI antes de Cristo. El estrato de destrucción del año 586 es clarísimo en toda esta sección: ceniza, cerámica calcinada, puntas de flecha de bronce que corresponden exactamente al armamento babilónico del período de Nabucodonosor. Pero hay algo más que quiero que vea usted mismo antes de que le diga lo que pienso.

—¿Por qué antes?

—Porque quiero que llegue a su propia conclusión sin que la mía la contamine —dijo Miriam con una franqueza que Tomás encontró refrescante después de semanas de conversaciones académicas donde nadie decía exactamente lo que pensaba.

A la mañana siguiente bajaron al túnel a las siete, con cascos de minero, linternas de cabeza y las botas de campo que Miriam le había recomendado por correo y que Tomás había comprado en Edimburgo dos días antes del viaje. El descenso era por una escalera de metal moderna instalada en un pozo revestido de piedra antigua, y a medida que bajaban la temperatura caía y el aire cambiaba: más húmedo, más quieto, con un olor a tierra y piedra que tenía algo de intemporal.

Los túneles en ese nivel eran estrechos, con las paredes de piedra irregular que los arqueólogos habían dejado tal como las encontraron excepto donde la seguridad estructural requería intervención. Miriam caminaba adelante con la seguridad de quien conoce cada curva de memoria, señalando a Tomás las marcas estratigráficas en las paredes con el puntero de luz de su linterna.

—Este nivel de ceniza —dijo, iluminando una franja oscura horizontal en la pared a la altura de sus cabezas— corresponde al incendio del año 586. Puedes ver cómo sella el estrato inferior. Todo lo que está por debajo de esta línea es anterior a la destrucción babilónica.

Tomás se acercó a la pared y pasó los dedos a un centímetro de la franja sin tocarla, sintiendo el calor imaginario de un incendio que había ocurrido veintiséis siglos atrás.

—¿Y la cámara? —preguntó.

Miriam continuó por el túnel otros veinte metros y se detuvo ante una abertura en la pared derecha que daba a un espacio más amplio, de unos cuatro metros por cuatro, con el techo bajo y las paredes de piedra sin trabajar. Señaló con la linterna al suelo.

—Mire el nivel del suelo. Está por debajo del estrato de ceniza, lo que significa que esta cámara es anterior al incendio. Pero mire también las paredes. No hay señales de fuego aquí adentro. El incendio no entró en esta cámara.

—¿Una cámara sellada antes del incendio?

—Sellada y vaciada —dijo Miriam, y en esa palabra estaba toda la diferencia—. Eso es lo que documentamos hace tres años y que no hemos sabido bien cómo interpretar. Una cámara que estaba en uso hasta poco antes del incendio —lo dice la estratigrafía del suelo, los fragmentos cerámicos del período— y que fue vaciada de manera ordenada antes de que el fuego llegara. No saqueada: vaciada. Un saqueo deja fragmentos, roturas, marcas de arrastre. Aquí no hay nada de eso. Quien vació esta cámara lo hizo con tiempo, con método, con algo parecido a la reverencia.

Tomás estaba de pie en el centro de la cámara con la linterna apuntando al suelo, mirando la piedra desnuda bajo sus pies. El silencio a veinte metros de profundidad bajo Jerusalén tenía una calidad que no había experimentado en ningún otro lugar: absoluto, sin el filtro de ningún sonido de superficie, como si el tiempo se hubiera detenido en este punto específico del mundo y estuviera esperando pacientemente a que alguien llegara a hacer la pregunta correcta.

—¿Cuál es la posición topográfica de esta cámara en relación con el eje del Templo? —preguntó.

Miriam lo miró.

—Consistente con el área del sanctum sanctorum según las descripciones del libro de los Reyes y las medidas que da el tratado talmúdico Middot —dijo—. No es una coincidencia que pueda ignorarse.

Tomás escribió en el cuaderno durante casi una hora, sentado en el suelo de la cámara con la linterna entre las rodillas y la espalda contra la pared de piedra fría. Miriam esperó afuera, apoyada en la pared del túnel, sin presionarlo. Cuando Tomás salió tenía las rodillas sucias y la expresión de quien ha llegado a una conclusión que todavía está procesando.

—Alguien la sacó —dijo—. Antes de que llegaran.

—Eso es lo que dice la estratigrafía —respondió Miriam—. Lo que no dice es adónde la llevaron.

—No. Pero dice que hubo tiempo, que hubo intención, y que hubo alguien que sabía lo que hacía. Eso es suficiente para seguir.

Pasaron tres días más trabajando en los archivos de la Autoridad de Antigüedades, revisando los registros de las excavaciones de los túneles, cotejando la estratigrafía de la cámara con los registros babilónicos que Tomás había estudiado en Edimburgo. En esos tres días Miriam fue pasando gradualmente de colaboradora cautelosa a algo más parecido a una aliada, con la naturalidad de quien no lo decide conscientemente sino que simplemente se encuentra un día más adentro del problema de lo que pensaba estar.

El cuarto día, cuando Tomás llegaba al archivo por la mañana, Miriam lo esperaba en la puerta con una expresión que él ya aprendía a leer.

—Tenemos un problema —dijo.

—¿Qué pasó?

—El Ministerio de Patrimonio llamó esta mañana. El acceso de tu credencial a los archivos de los túneles ha sido suspendido temporalmente por razones administrativas.

Tomás la miró.

—¿Razones administrativas.

—Esa es la fórmula —dijo Miriam—. La conozco bien. Significa que alguien llamó a alguien. Alguien que sabe que estás aquí y que tiene los contactos necesarios para mover esto sin que su nombre aparezca en ningún papel.

—¿Puedes hacer algo?

—Puedo intentarlo. Pero llevará tiempo que no tenemos. —Lo miró fijamente—. ¿Quieres seguir con esto?

—Sí —dijo Tomás sin dudar.

—Entonces necesitas entender que esto ya no es solo una investigación académica. Alguien está prestando atención. Alguien con recursos y con paciencia. —Hizo una pausa—. ¿Tienes idea de quién?

Tomás pensó en el correo anónimo de Barajas. En las dos líneas en inglés sin firma.

—Una inicial —dijo—. Nada más.

Miriam asintió despacio, como si eso fuera exactamente lo que esperaba escuchar.

Esa tarde, en el aeropuerto de Tel Aviv esperando el vuelo a Ammán con escala en Bagdad, Tomás sacó del bolsillo una fotografía que Miriam le había pasado discretamente antes de despedirse: la cámara vaciada vista desde arriba, tomada con la cámara de alta resolución de los

archivos de la Autoridad. En el margen inferior, con la letra apretada de Miriam, había una anotación a bolígrafo: *Vaciada con orden. Con reverencia, incluso. Quien hizo esto sabía exactamente lo que hacía y por qué lo hacía.*

Tomás guardó la fotografía en el cuaderno, entre las páginas de las notas de Jerusalén, y miró por la ventana del aeropuerto las pistas iluminadas bajo la oscuridad mediterránea. En algún lugar entre ese aeropuerto y Bagdad estaba el siguiente eslabón de la cadena. Y en algún lugar detrás de él, todavía invisible, estaba la persona que llevaba la cuenta de sus pasos. En Bagdad lo esperaba un correo de Fray Anselmo, breve y sin asunto: *El laboratorio de Zúrich llamó. El pergamino data entre los siglos V y VI con un margen de error de cincuenta años en cada dirección. Las anotaciones hebreas, entre los siglos VII y IX. El árabe no pudieron fecharlo con precisión por la cantidad de material disponible pero estiman siglo X o XI. Todo consistente con lo que te dije. Sigue con cuidado.*

Tomás leyó el correo dos veces y luego lo cerró. La datación confirmaba lo que ya sabía. Pero lo que importaba ahora no era cuándo se habían escrito los folios sino adónde señalaban. Y señalaban al sur: a Egipto, a la ruta del mar interior que la frase hebrea mencionaba con esa naturalidad de quien da por sentado que el lector conoce el camino.

Lo que los babilonios no encontraron no llegó a Babilonia. Salió en otra dirección, por una ruta que en el siglo VI antes de Cristo era perfectamente conocida para los sacerdotes del Templo: el camino hacia Egipto, donde las comunidades judías llevaban generaciones establecidas y donde existían templos propios que operaban con independencia relativa del culto oficial de Jerusalén. La isla de Elefantina en el Nilo tenía uno de esos templos, documentado por los propios papiros arameos que los arqueólogos habían encontrado allí a principios del siglo XX y que Tomás conocía bien. Una comunidad judía con su propio sacerdocio, sus propios rituales, su propio sentido de continuidad con una tradición que el exilio babilónico iba a interrumpir en Jerusalén pero no necesariamente en todos los lugares donde esa tradición había echado raíces.

No había prueba directa. No la había en ningún punto de la cadena, al menos no todavía. Lo que había era una consistencia que se iba haciendo más difícil de atribuir a la coincidencia a medida que se añadían eslabones. Y esa consistencia, en el oficio del historiador, tiene un nombre: hipótesis de trabajo. No es certeza. Es la dirección en que apunta la evidencia disponible, y seguirla es el único camino honesto hacia la verdad o hacia la demostración de que la hipótesis estaba equivocada.

Ambos resultados, pensó Tomás mientras el taxi lo llevaba hacia el centro de Bagdad bajo un cielo que amanecía de color cobre, son

igualmente valiosos para un historiador. Solo el primero lo es para quien está siguiendo sus pasos con la intención de detenerlos.

CAPÍTULO 5

Los archivos de Babilonia

Bagdad y Berlín, marzo de 2024

El Museo de Irak en Bagdad tiene la historia más violenta de cualquier institución cultural del siglo XXI. Saqueado durante la invasión de 2003 con una brutalidad que la comunidad arqueológica internacional todavía no ha terminado de procesar, parcialmente recuperado en los años siguientes gracias a esfuerzos que combinaron la diplomacia con algo parecido al milagro, reabierto al público en 2015 con las cicatrices todavía visibles en las vitrinas vacías y los pedestales sin pieza, el museo sigue siendo una de las colecciones mesopotámicas más importantes del mundo a pesar de todo lo que le han hecho. O quizás precisamente por eso: porque lo que sobrevivió a tanto es evidentemente indestructible.

Tariq Al-Rashid, el arqueólogo iraquí que Miriam había contactado desde Jerusalén, esperaba a Tomás en la entrada del museo con la puntualidad formal de quien valora el tiempo propio y el ajeno en igual medida. Era un hombre de unos cincuenta años, con el bigote entrecano y los ojos oscuros de quien ha visto demasiado como para sorprenderse pero no tanto como para haber perdido la curiosidad. Había trabajado con Miriam en una excavación conjunta en el período persa tardío hacía ocho años, y cuando ella lo llamó para pedirle que facilitara el acceso de un colega mexicano a las colecciones babilónicas del período neobabilónico, Tariq le había preguntado dos cosas: qué buscaba exactamente el mexicano, y si era de los que saben escuchar cuando alguien les dice que algo no está disponible.

Miriam le había respondido que buscaba los registros del saqueo del Templo de Jerusalén en el 586 y que en su experiencia Tomás era de los que escuchan, aunque no siempre de los que se detienen.

—Doctor del Llano —dijo Tariq estrechándole la mano—. Bienvenido a lo que queda.

—Gracias por recibirme —dijo Tomás—. Y gracias a Miriam por el contacto.

—Miriam me debe varios favores —dijo Tariq con una sonrisa breve—. Usted es uno de ellos. Venga, le muestro lo que tenemos.

Lo que tenían era considerable, aunque distribuido de manera que frustraba la consulta sistemática. Las tablillas cuneiformes del período neobabilónico, las que correspondían al reinado de Nabucodonosor II entre el 605 y el 562 antes de Cristo, estaban clasificadas por procedencia arqueológica en lugar de por contenido, lo cual era

impecable desde el punto de vista museístico y agotador desde el punto de vista del investigador que buscaba registros administrativos específicos. Tariq conocía la colección lo suficientemente bien como para guiar a Tomás hacia las tablillas relevantes sin que tuviera que recorrer el camino completo por sí solo.

Las listas de botín del período del saqueo de Jerusalén eran bien conocidas en la literatura especializada: Tomás las había estudiado en transcripción y traducción durante años. Pero verlas directamente, leer el acadio sobre la arcilla con los propios ojos, tenía una dimensión que ninguna edición crítica podía replicar. Los babilonios habían sido administradores de una meticulosidad que rozaba la obsesión. Cada objeto confiscado en cada campaña militar quedaba registrado con su descripción, su material, su peso cuando era aplicable y su destino dentro del sistema redistributivo del Imperio. Era una burocracia del pillaje que en otros contextos habría sido admirable.

Tomás pasó dos días leyendo. Tablilla por tablilla, registro por registro, con Tariq disponible para resolver las dudas de lectura que surgían y con la paciencia acumulada de quien sabe que los archivos no revelan sus secretos a quien tiene prisa.

Al final del segundo día tenía la confirmación de lo que ya sospechaba: en ninguna tablilla de las colecciones del Museo de Irak correspondientes al período del saqueo de Jerusalén y los años inmediatamente posteriores aparecía ninguna descripción de un objeto que pudiera identificarse con el Arca de la Alianza. Había registros de oro en cantidad, de objetos de culto del Templo que los propios textos bíblicos mencionan, de metales y telas y utensilios litúrgicos de toda clase. Pero ninguna caja de madera recubierta de oro con querubines. Ningún objeto descrito con el tipo de reverencia que habría acompañado inevitablemente el registro de algo que los propios babilonios habrían reconocido como sagrado para el pueblo conquistado.

—¿Encontró lo que buscaba? —le preguntó Tariq la tarde del segundo día, mientras tomaban té en la pequeña oficina que el arqueólogo tenía en el ala administrativa del museo.

—Encontré lo que no estaba —dijo Tomás—. Que a veces es más útil.

Tariq asintió con la expresión de quien entiende exactamente eso.

—El argumento del silencio —dijo—. Es un instrumento legítimo si se usa con cuidado.

—Con mucho cuidado —convino Tomás—. Hay otra colección que necesito ver. El Pergamon de Berlín tiene tablillas del mismo período que complementan lo que está aquí. Comunicaciones internas de la corte de Nabucodonosor, no listas de botín sino registros administrativos. ¿Tiene usted contacto allá?

—Tengo un colega en el departamento de Oriente Próximo —dijo Tariq—. Le doy su nombre. —Lo miró con una curiosidad directa que no intentaba disimular—. ¿Qué espera encontrar en esas comunicaciones internas que no encontró en las listas de botín?

—Una ausencia diferente —dijo Tomás—. Las listas de botín registran lo que llegó. Las comunicaciones internas a veces registran lo que no llegó y por qué.

Tariq lo miró durante un segundo más.

—Espero que encuentre lo que busca —dijo—. Y espero que valga lo que está costando buscarlo.

Era la segunda vez en pocas semanas que alguien le decía algo parecido. Tomás lo anotó mentalmente sin comentarlo.

Berlín en marzo tiene una luz gris y limpia que no se parece a ningún otro gris europeo: es el gris de una ciudad que ha aprendido a mirar sus propias ruinas y a seguir adelante sin fingir que no estuvieron ahí. El Museo Pergamon, en la Isla de los Museos sobre el Spree, alberga una de las colecciones de arte y arqueología del Antiguo Oriente más importantes del mundo, incluyendo tablillas cuneiformes que los arqueólogos alemanes extrajeron de Babilonia y Nínive y Ur a finales del siglo XIX y principios del XX en el contexto de las grandes expediciones imperiales que redistribuyeron el patrimonio mesopotámico por los museos de Europa.

Klaus Bergmann, el curador del departamento de Oriente Próximo, era un hombre de sesenta años con el rigor metódico de la arqueología alemana y una cordialidad que tardaba en aparecer pero que cuando lo hacía era completamente genuina. Había recibido el correo de Tariq, había verificado las credenciales de Tomás con la universidad de Edimburgo, y lo recibió en su despacho con una carpeta ya preparada sobre la mesa.

—El colega Al-Rashid me explicó lo que busca —dijo Bergmann en un inglés sin acento—. Comunicaciones administrativas internas de la corte de Nabucodonosor, período 586 a 580 antes de Cristo, con referencia a Judea o a Jerusalén. Tenemos diecisiete tablillas que podrían ser relevantes. La mayoría están en edición crítica publicada, pero hay tres que no han sido incluidas en ninguna edición estándar por problemas de conservación que dificultaban la lectura. Esas tres son las que me parecen más interesantes para lo que usted busca.

—¿Por qué? —preguntó Tomás.

—Porque contienen referencias a objetos que los escribas describieron de manera oblicua, como si no quisieran o no supieran cómo nombrarlos directamente. En el acadio babilónico eso es inusual. Los escribas de Nabucodonosor eran directos hasta la brutalidad en sus registros. Cuando algo se vuelve oblicuo en esos documentos, generalmente es

porque quien escribe está transmitiendo información que recibió de manera incompleta o que prefiere no comprometer demasiado explícitamente.

Trabajaron juntos durante tres días. Bergmann manejaba el acadio con la fluidez del especialista y Tomás aportaba el contexto bíblico y el conocimiento del período del Primer Templo que el curador no tenía con la misma profundidad. Era la clase de colaboración que produce resultados que ninguno de los dos habría alcanzado solo.

La tablilla más significativa era la tercera de las no publicadas. Estaba dañada en el ángulo superior derecho, con una laguna que afectaba quizás un veinte por ciento del texto, pero lo que quedaba era suficientemente legible como para establecer su sentido general. Era una comunicación interna, probablemente entre un oficial de campaña y un administrador de palacio, que hacía referencia a la operación de limpieza del Templo de Jerusalén después del saqueo inicial. Y en esa comunicación, en una cláusula que el escriba había introducido con una fórmula que en acadio expresaba algo parecido a la resignación burocrática, había una frase que Tomás leyó dos veces antes de traducirla en su cuaderno:

Los sacerdotes escondieron el objeto principal antes de nuestra entrada a la ciudad y ninguno de los prisioneros ha revelado el lugar.

El objeto principal. No un objeto entre muchos. El principal.

Tomás permaneció frente a la tablilla durante un tiempo que Bergmann describiría después, con la precisión del científico, como aproximadamente catorce minutos. El curador no lo interrumpió. Había visto esa expresión antes en investigadores que encontraban lo que buscaban, y había aprendido que interrumpirla antes de que terminara era un error de protocolo que no convenía cometer.

—¿Puede hacerme una copia fotográfica de esta tablilla? —dijo Tomás finalmente.

—Ya está preparada —dijo Bergmann, y le pasó un sobre con las fotografías de alta resolución.

Esa noche, en el hotel cerca del Hackescher Markt, Tomás encontró una nota deslizada bajo la puerta. Papel sin membrete, escritura a mano en un alemán formal y preciso que no era la letra de ningún empleado del hotel. La leyó de pie, con el abrigo todavía puesto.

Herr del Llano: lo que busca en los archivos babilónicos no está ahí, o ya lo ha comprobado. Lo que busca salió por el sur. Usted ya lo sabe. Le pido, con todo el respeto que merece su trabajo y su inteligencia, que considere detenerse aquí. Lo que encontrará al final del camino no cambiará el mundo de la manera que usted espera. Pero el camino tiene costos que quizás todavía no ha calculado completamente.

La firma era una sola letra mayúscula: *E.*

Tomás leyó la nota dos veces. Luego la dobló con cuidado y la guardó en el cuaderno junto a la fotografía de la cámara vaciada de Jerusalén. Después llamó a Miriam.

Ella respondió al segundo tono.

—Tengo otra nota —dijo Tomás—. La misma inicial.

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea.

—E de Ezra —dijo Miriam.

Era la primera vez que ese nombre aparecía pronunciado en voz alta. Y algo en el tono de Miriam, una mezcla de reconocimiento y de algo que no era exactamente miedo pero que lo bordeaba, le dijo a Tomás que ese nombre no era nuevo para ella.

—¿Lo conoces? —preguntó.

—Conozco su reputación —dijo Miriam—. Es suficiente por ahora. ¿Qué vas a hacer?

Tomás miró por la ventana del hotel las luces de Berlín reflejadas en el Spree.

—Seguir —dijo. Al día siguiente, antes de tomar el vuelo hacia Addis Abeba con escala en El Cairo, Tomás pasó dos horas en una cafetería cerca del hotel ordenando sus notas y construyendo el mapa de la cadena tal como la tenía hasta ese momento. Era un ejercicio que hacía regularmente durante las investigaciones largas: sacar todo a la superficie, verlo junto, identificar los huecos y los puntos donde la evidencia era sólida frente a los puntos donde era solo sugerente.

Lo que tenía era esto: un documento del siglo V o VI de nuestra era, de procedencia palestina o siria, que daba por supuesto el traslado del contenido del Arca antes del saqueo babilónico del 586 antes de Cristo. Una cámara vaciada con orden y reverencia bajo el Monte del Templo, anterior al nivel de destrucción babilónica, en posición topográfica consistente con el sanctum sanctorum. El silencio absoluto de los registros babilónicos sobre cualquier objeto identificable con el Arca, junto con una comunicación interna que confirmaba que los sacerdotes ocultaron algo antes de la caída de la ciudad. Y una nota de alguien que firmaba E, que sabía exactamente qué estaba buscando Tomás y que consideraba que encontrarlo era más peligroso que no encontrarlo.

Los huecos eran igualmente claros: adónde fue el contenido del Arca, por qué ruta, en manos de quién, y cuándo su rastro material se disolvió en el rastro simbólico que eventualmente llegaría, siglos después, a los rituales de la masonería especulativa.

La respuesta a la primera pregunta apuntaba al sur y al oeste. La tradición etíope, los papiros de Elefantina, la ruta del mar interior que mencionaba la frase hebrea: todo convergía en la misma dirección. Egipto primero. Etiopía después, quizás. Y desde algún punto del

Mediterráneo oriental, eventualmente, hacia el oeste: hacia las rutas templarias, hacia las logias escocesas, hacia Edimburgo.

Lo que E sabía y Tomás todavía no era dónde exactamente se había producido la transición entre el objeto y el principio. Ese era el corazón del misterio. Y esa era la razón por la que E prefería que Tomás se detuviera antes de llegar ahí.

Lo cual era, pensó Tomás mientras cerraba el cuaderno y pedía la cuenta, exactamente la razón por la que no podía detenerse.

Guardó el cuaderno, dejó una propina generosa porque la camarera había respetado el silencio sin preguntarle si necesitaba algo, y salió a la calle gris de Berlín en marzo. El frío era seco y directo, sin la humedad de Edimburgo, con un carácter diferente. Caminó hasta la parada del S-Bahn con el paso regular de quien tiene el tiempo justo y no piensa perderlo.

En el aeropuerto, mientras esperaba el embarque, escribió un correo a Fanshawe con un resumen de los hallazgos de Bagdad y Berlín. Lo redactó con el lenguaje cuidadoso del informe académico, sin mencionar las notas de E ni las advertencias recibidas. No porque quisiera ocultárselas al rector sino porque no tenía todavía suficiente información para contextualizar lo que estaban significando. Había aprendido hace años que los informes parciales generan más confusión que silencio informado.

Fanshawe respondió en menos de una hora, con la prontitud de alguien que tenía el correo de Tomás como prioridad activa: *Excelente trabajo. Siga adelante. Cualquier recurso adicional que necesite, avíseme.* Y luego, en una segunda línea que Tomás releyó dos veces sin saber exactamente qué hacer con ella: *Tenga cuidado, Tomás. Algunas piedras pesan más de lo que parecen cuando se levantan.*

Era la tercera persona en pocas semanas que le decía algo con esa estructura: siga, pero tenga cuidado. Como si todos supieran algo que él todavía no sabía, o como si la naturaleza de lo que buscaba fuera suficientemente conocida en ciertos círculos como para generar esa clase de advertencia instintiva en personas que de otra manera no tendrían ninguna razón para dársela.

Lo anotó en el cuaderno junto a las demás notas, subrayado dos veces, con una pregunta al margen: *¿Cuánto sabe Fanshawe?*

El vuelo a Addis Abeba salía en cuarenta minutos.

CAPÍTULO 6

El guardián que no permite el acceso

Aksum, Etiopía, abril de 2024

El vuelo de Addis Abeba a Aksum dura menos de dos horas pero atraviesa un paisaje que parece de otro tiempo: las tierras altas etíopes desde el aire tienen una belleza áspera y antigua, con mesetas rojizas cortadas por barrancos profundos y aldeas de techos de paja que desde arriba parecen cuentas de un collar abandonado sobre la piedra. Tomás miró por la ventanilla durante todo el trayecto con la sensación creciente de estar entrando en un territorio donde las reglas habituales de la investigación histórica iban a funcionar de manera diferente. No porque la historia fuera menos rigurosa aquí sino porque aquí la historia y la fe llevaban siglos tan entrelazadas que separarlas requería un cuidado que iba más allá del método académico.

Dawit Bekele lo esperaba en el pequeño aeropuerto de Aksum con un cartel escrito a mano en inglés y una sonrisa que tenía algo de irónica, como si la situación de estar esperando a un historiador mexicano que venía a preguntar por el Arca de la Alianza le pareciera simultáneamente absurda y perfectamente lógica. Era un hombre de cuarenta años, delgado, con los rasgos tigriños de la región y la ropa de quien trabaja como guía pero se ha formado como académico: pantalón de tela, camisa de botones, una mochila que claramente contenía libros además de lo necesario para el trabajo de campo.

—Doctor del Llano —dijo en un inglés preciso con acento amhárico—. Bienvenido a Aksum. La ciudad más antigua del mundo que todavía recuerda exactamente lo que fue.

—¿Y qué fue? —preguntó Tomás, más por calibrar al hombre que por no saber la respuesta.

—La capital del reino más poderoso del África antigua —dijo Dawit—. El lugar donde el Arca de la Alianza descansa desde que Menelik la trajo de Jerusalén hace tres mil años. —Hizo una pausa calculada—. O eso dicen.

—¿Usted qué dice?

—Yo digo que es complicado —dijo Dawit—. Y que esa complicación es exactamente lo que hace interesante a Aksum. ¿Tiene hambre? El hotel está cerca y hay tiempo antes de que empiece a oscurecer.

Dawit Bekele era, Tomás lo fue entendiendo a lo largo de los días siguientes, una de esas personas que la vida produce ocasionalmente en los cruces de civilizaciones: alguien que ha absorbido dos visiones del mundo completamente distintas y que en lugar de elegir entre ellas ha aprendido a habitarlas simultáneamente con una comodidad que a quienes solo conocen una les parece inexplicable. Había crecido en una familia de sacerdotes ortodoxos coptos de Aksum, había estudiado historia en la Universidad de Addis Abeba con una beca del gobierno etíope, y llevaba quince años trabajando como guía e intérprete para arqueólogos, historiadores y periodistas que venían a investigar lo mismo que Tomás. Creía en el Arca con la fe del hijo y la dudaba con el rigor del historiador, y había encontrado la manera de mantener esas

dos actitudes sin que se destruyeran mutuamente, lo cual Tomás encontró más admirable que cualquier certeza en un sentido u otro.

La Iglesia de Santa María de Sion estaba en el centro de Aksum, flanqueada por las estelas de piedra milenarias que eran el emblema visual de la ciudad. Era en realidad un complejo de dos edificios: la iglesia principal, de construcción relativamente moderna, y junto a ella una capilla pequeña de piedra antigua rodeada por un muro bajo que la separaba del resto del recinto. Era en esa capilla donde, según la tradición, el Arca descansaba bajo la custodia de un único monje guardián que no podía abandonar el recinto hasta su muerte y al que no se le permitía recibir visitas ni autorizar acceso a ningún visitante, incluido el propio patriarca de la Iglesia ortodoxa etíope.

Tomás lo contempló desde el exterior del muro con la mirada práctica del historiador que evalúa no el objeto sino el sistema de custodia.

—¿Ha visto alguien el interior de esa capilla en tiempos recientes? —preguntó.

—El guardián anterior murió en 2018 —dijo Dawit—. Cuando el nuevo tomó posesión hubo una ceremonia breve con el patriarca presente. Nadie que yo conozca ha visto el interior desde entonces.

—¿Y el objeto en sí? ¿Hay algún testimonio directo de alguien que lo haya visto?

—Hay testimonios de guardianes anteriores, transmitidos oralmente. Ninguno que la historiografía pueda verificar de manera independiente. —Dawit lo miró con esa expresión suya de ironía serena—. Lo cual, como usted sabe, es exactamente el tipo de evidencia que puede significar cualquier cosa.

—O nada —dijo Tomás.

—O nada —confirmó Dawit—. Aunque en este caso el tipo de nada también dice algo. Una tradición que lleva dos mil años sin necesitar verificación externa es una tradición que funciona por razones distintas a las de la evidencia.

El intento de acceder a los archivos de la Iglesia etíope duró exactamente dos días. Tomás presentó sus credenciales de la Universidad de Edimburgo, el resumen del proyecto de investigación aprobado por Fanshawe, y una carta de presentación del departamento de historia antigua que Bergmann había tenido la gentileza de añadir como aval académico europeo. El primer día el administrador eclesiástico que los recibió fue cordial y prometió consultarlo con las autoridades competentes. El segundo día los recibió un funcionario diferente, de rango claramente superior, con una expresión de incomodidad visible que no combinaba bien con el tono oficial de lo que tenía que decir.

—Me temo que el acceso a los archivos históricos de la Iglesia no será posible en este momento —dijo en un inglés formal con acento amhárico —. Existen procedimientos internos que requieren un período de evaluación más extenso del que su visita permite.

—¿Cuánto tiempo requiere ese período? —preguntó Tomás.

—Es difícil precisarlo.

—¿Meses? ¿Años?

El funcionario lo miró con la expresión de quien está transmitiendo un mensaje que no redactó él y que preferiría no tener que entregar.

—Es difícil precisarlo —repitió.

Fuera del edificio administrativo, en la plaza de las estelas con el sol de la mañana calentando la piedra antigua, Dawit le dijo sin preámbulos:

—Alguien llamó antes que usted.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque ese funcionario nos recibió personalmente. Eso no ocurre para denegaciones rutinarias de investigadores externos. Eso ocurre cuando alguien de peso ha pedido que la denegación sea directa y sin ambigüedades. —Hizo una pausa—. ¿Tiene usted enemigos en Europa, doctor del Llano?

—Tengo alguien que preferiría que me detuviera —dijo Tomás.

—En este continente eso se llama un enemigo —dijo Dawit con calma—. Aunque puede ser un enemigo con buenas intenciones, que en mi experiencia son los más difíciles de manejar.

No obtuvieron el acceso a los archivos. Pero obtuvieron algo que Tomás no esperaba y que resultó ser más valioso: una conversación larga con dos sacerdotes ancianos de la iglesia principal, hombres de setenta y pico años que llevaban décadas en Aksum y que recordaban tradiciones orales que los documentos escritos no conservaban. Dawit los conocía desde niño. Los presentó a Tomás con el respeto de quien introduce a un forastero en un territorio que no le pertenece y que solo puede visitarse con la autorización de quien lo habita.

La conversación duró tres horas, en tigriña con la traducción simultánea de Dawit, sentados en el patio interior de la iglesia principal con el sonido de las palomas en los aleros y el olor a incienso que impregnaba la piedra desde hacía siglos. Los sacerdotes hablaron con la generosidad de quien comparte no porque esté obligado sino porque ha evaluado al visitante y ha decidido que merece lo que tiene para dar.

Lo que tenían para dar era esto: la tradición popular del Kebra Nagast, el libro de la gloria de los reyes, contaba que Menelik trajo el Arca directamente de Jerusalén a Etiopía en tiempos de Salomón. Pero existía, paralela a esa versión, una tradición más antigua y más restringida, conocida solo dentro de los círculos sacerdotales de mayor rango, que

modificaba el relato de manera significativa. En esa versión el Arca no llegó a Etiopía directamente desde Jerusalén. Llegó después. Después de un período de custodia en Egipto que los sacerdotes de esa tradición describirían como varios siglos, sin precisar la cifra. Y el lugar de esa custodia intermedia, según esa tradición oral, era una isla en el Nilo donde la comunidad judía tenía su propio templo y sus propios sacerdotes que seguían un culto independiente del de Jerusalén.

Tomás escribió mientras Dawit traducía, con la concentración tensa de quien sabe que está recibiendo información que no encontrará en ningún libro publicado.

—¿Mencionan el nombre de esa isla? —preguntó.

Dawit lo consultó con los sacerdotes. Hubo un intercambio breve en tigriña.

—No usan un nombre —dijo Dawit—. Dicen solo la isla del río grande en el sur de Egipto.

Elefantina. Solo podía ser Elefantina.

—Una pregunta más —dijo Tomás—. ¿Qué custodió el guardián durante todo este tiempo? ¿El objeto físico o la tradición de custodiar el objeto?

Dawit tradujo. Los dos sacerdotes se miraron entre sí con una expresión que Tomás no supo leer del todo, algo entre la sorpresa y el reconocimiento de quien recibe una pregunta que esperaba pero no tan pronto.

El sacerdote mayor respondió. Dawit escuchó, asintió despacio, y tradujo:

—Dice que esa es la pregunta correcta. Y que el guardián sabe la respuesta. Pero que el guardián no habla con nadie.

Esa tarde, mientras caminaban de regreso al hotel por las calles de Aksum con el sol descendiendo sobre las estelas, Dawit se detuvo en medio de la calle y miró a Tomás con la seriedad de alguien que lleva horas esperando el momento de hacer una pregunta.

—¿Me permite que le haga una pregunta personal, doctor?

—Adelante.

—¿Qué diferencia hay, en su opinión, entre custodiar una verdad y custodiar una mentira, si quien cree en ella vive mejor por creerla?

Tomás lo miró. Era exactamente la pregunta que no tenía respuesta fácil, la que se instalaba en el centro de todo lo que estaba encontrando y que no podía resolverse con evidencia documental ni con método histórico.

—No lo sé todavía —dijo con honestidad.

—Bien —dijo Dawit—. Esa es la única respuesta honesta que existe. —Reanudó el paso—. El rastro que sigue apunta a Egipto. A Alejandría primero, luego al sur. ¿Cuándo sale?

—Mañana —dijo Tomás.

—Entonces esta noche le recomiendo el tej del restaurante que está frente al hotel. Es la miel fermentada local. No resolverá ninguna de sus preguntas, pero las hará más llevaderas por unas horas.

Tomás sonrió. Era la primera vez en semanas que algo le producía ese efecto. Esa noche, con el tej efectivamente cumpliendo su promesa de hacer las preguntas más llevaderas, Tomás ordenó en el cuaderno lo que había obtenido en Aksum. No era mucho en términos de evidencia verificable: una tradición oral transmitida por sacerdotes ancianos que ningún par académico aceptaría como fuente primaria sin corroboración independiente. Pero era, en términos de consistencia con la cadena que estaba construyendo, exactamente el eslabón que faltaba entre Jerusalén y Egipto.

La versión popular del Kebra Nagast situaba el traslado del Arca en tiempos de Salomón, siglos antes del saqueo babilónico, lo cual la convertía en una tradición que operaba en un registro completamente distinto al histórico. Pero la tradición paralela que los sacerdotes habían compartido esa tarde, la que circulaba solo en los círculos sacerdotales de mayor rango y que describía un período de custodia en Egipto antes de la llegada a Etiopía, era temporalmente compatible con el saqueo del 586. Si el Arca fue sacada de Jerusalén antes de la caída, si la cámara vaciada bajo el Monte del Templo era la evidencia arqueológica de ese traslado, si los registros babilónicos confirmaban que nunca llegó a Babilonia, entonces Egipto como destino intermedio no era solo plausible sino necesario: era el único lugar donde la comunidad sacerdotal judía habría tenido la infraestructura para recibirla y custodiarla sin que los babilonios pudieran alcanzarla.

Elefantina. La isla en el Nilo donde los papiros arameos del siglo XX habían revelado la existencia de una comunidad judía con su propio templo, su propio sacerdocio y su propio sentido de identidad religiosa que operaba con independencia del culto oficial de Jerusalén. Una comunidad que habría tenido los medios y la motivación para recibir lo más sagrado del Templo destruido y guardarlo durante el tiempo que fuera necesario.

Escribió también, en una página aparte, la pregunta de Dawit. La copió con exactitud porque era el tipo de pregunta que merecía ser conservada con precisión: *¿Qué diferencia hay entre custodiar una verdad y custodiar una mentira, si quien cree en ella vive mejor por creerla?* No era una pregunta retórica. Era la pregunta que estaba en el corazón de todo lo que iba encontrando, la que conectaba el Arca con la masonería, el objeto con el principio, el hecho histórico con la tradición simbólica que lo había sobrevivido. Y era también, aunque Tomás todavía no lo sabía del todo, la pregunta que Ezra Lichtmann llevaba treinta años respondiendo de una manera y que él mismo iba a tener que responder de otra.

Cerró el cuaderno cuando el restaurant empezaba a vaciarse y los últimos clientes pagaban en la barra con el cansancio amable de los lugares donde se come bien y sin prisa. Afuera, Aksum dormía bajo un cielo de estrellas que en esa altitud y con esa ausencia de contaminación lumínica tenía una densidad que las ciudades europeas habían olvidado. Tomás salió un momento a la calle antes de subir al hotel y miró hacia arriba durante un minuto.

En algún lugar entre ese cielo y el Nilo estaba la respuesta a la primera parte de la cadena. Y en algún lugar entre Egipto y Edimburgo estaba la respuesta a todo lo demás.

Mañana, Alejandría.

CAPÍTULO 7

La isla del Nilo

Alejandría y Asuán, abril-mayo de 2024

Alejandría recibe al viajero con una contradicción que nunca termina de resolverse: es una ciudad que fue el centro intelectual del mundo antiguo y que hoy es una ciudad mediterránea de provincias con tráfico caótico y fachadas coloniales descascaradas, y que sin embargo en ciertos momentos del día, con la luz de la tarde sobre el Mediterráneo y el olor a sal y especias mezclándose en el aire del corniche, produce en quien la visita con suficiente atención la sensación perturbadora de que algo de lo que fue sigue presente debajo de lo que es, como una voz que habla en un idioma que ya nadie entiende del todo pero que tampoco ha terminado de callarse.

Tomás llegó desde Addis Abeba vía El Cairo con el cansancio acumulado de semanas de viaje que ya había dejado de medir en horas de sueño y había empezado a medir en capítulos del cuaderno. Reservó tres días en Alejandría, alojamiento en un hotel del corniche con ventanas al mar, y al día siguiente se presentó en la Biblioteca Alexandrina con las credenciales de la Universidad de Edimburgo y el proyecto de investigación que Fanshawe había firmado en enero.

La Biblioteca Alexandrina moderna, inaugurada en 2002 sobre el emplazamiento aproximado de la antigua, es una de las obras de arquitectura cultural más ambiciosas del siglo XXI: un disco de granito inclinado sobre el Mediterráneo, con la fachada exterior grabada con signos de todas las escrituras del mundo como si el edificio mismo fuera una declaración de intenciones. El irónico consuelo que Tomás había anticipado desde Edimburgo se confirmó al primer día: los papiros originales de Elefantina, el corpus documental que necesitaba consultar, estaban en Berlín, en El Cairo y en Nueva York, no en Egipto. Lo que la Biblioteca Alexandrina tenía eran facsímiles de alta calidad, ediciones críticas, y un fondo bibliográfico sobre el judaísmo del período del

Segundo Templo que era exhaustivo por razones distintas a las que habrían tenido los fundadores de la biblioteca antigua.

No era lo que necesitaba. Era lo que tenía. Y resultó ser suficiente, porque lo que Tomás fue a buscar en Alejandría no era evidencia material sino intelectual: la obra de Filón de Alejandría, el filósofo judío del siglo I de nuestra era que había intentado hacer algo que ningún pensador antes de él había hecho con esa sistematicidad: reconciliar la tradición bíblica con la filosofía griega, y específicamente con el platonismo, en una síntesis que transformaba los textos sagrados del judaísmo en alegorías de verdades filosóficas universales.

Tomás pasó dos días leyendo a Filón con la concentración del especialista y la inquietud creciente de quien ve confirmarse una hipótesis que preferiría poder descartar. Porque Filón, en su interpretación del Arca, decía algo que Tomás había leído antes en otros contextos pero que adquiría aquí, en Alejandría, en la ciudad donde Filón había vivido y pensado, una resonancia diferente. Decía que el Arca no era un objeto. Era un símbolo. Que lo que el Arca contenía no eran tablas de piedra con mandamientos escritos sino la Ley como principio racional del universo, inmanente en la razón humana y por tanto imposible de destruir o de confiscar. Que el sanctum sanctorum no era una habitación con paredes de cedro y oro sino el espacio interior de la mente humana cuando se orienta hacia la verdad.

Era, pensó Tomás mientras cerraba el volumen de Filón al final del segundo día, exactamente lo que la masonería especulativa llevaría diecisiete siglos después diciendo con otros símbolos y otro vocabulario. El arco de transmisión era asombroso: desde los sacerdotes del Templo que vaciaron la cámara antes de que llegaran los babilonios, pasando por la comunidad de Elefantina y por los filósofos judeo-helenísticos de Alejandría, hasta los rituales iniciáticos que evocaban la construcción del Templo como metáfora del desarrollo moral del ser humano. El objeto podía haberse perdido. El principio que el objeto simbolizaba no se había perdido en ningún momento.

Eso era lo que Ezra sabía. Y eso era lo que Ezra no quería que Tomás publicara, no porque fuera falso sino porque era demasiado verdadero para ser útil en el mundo que Ezra conocía.

El tercer día, antes de tomar el tren hacia Asuán, Tomás encontró en el fondo bibliográfico de la biblioteca una referencia que no había anticipado: un artículo publicado en la Rivista di Papirologia e Epigrafia en 1987, firmado por una investigadora italiana entonces estudiante de doctorado, que mencionaba un fragmento de papiro de procedencia incierta custodiado en una colección privada de Malta. El fragmento, según la autora, contenía en arameo una referencia a un traslado de objetos del culto principal hacia el norte y el oeste, con una marca geométrica en el margen que la investigadora describía como un símbolo parecido a una escuadra y un compás superpuestos, y que en

1987 no había podido identificar con ninguna tradición iconográfica conocida.

La autora del artículo se llamaba Valentina Russo.

Tomás fotografió la página con el teléfono, guardó el cuaderno, y fue a la recepción de la biblioteca a preguntar si tenían acceso a los archivos de la revista. Tenían los números hasta 1995. El artículo de Russo era de 1987. Lo encontró en veinte minutos en el volumen correspondiente y lo leyó completo de pie en la sala de hemeroteca con la atención total de quien sabe que está leyendo algo que va a cambiar la dirección de los próximos pasos.

El fragmento que Russo describía era pequeño, deteriorado, con lagunas que dificultaban la lectura continua. Pero lo que era legible apuntaba en la misma dirección que todo lo demás: un traslado desde el sur hacia el norte y el oeste, anterior a la conquista persa de Egipto en el 525 antes de Cristo, de objetos del culto que el texto describía con una reverencia que sugería no objetos litúrgicos ordinarios sino algo de categoría excepcional. Y la marca geométrica que Russo había dibujado en su artículo con la honesta incapacidad de identificarla era perfectamente reconocible para cualquiera que conociera el simbolismo masónico: la escuadra y el compás. Las herramientas del constructor que la masonería había convertido en emblema de su propia identidad.

En 1987 Russo no lo había reconocido porque en 1987 era una estudiante de doctorado especializada en papirología, no en órdenes iniciáticas. En 2024, Tomás lo reconoció porque llevaba tres años estudiando exactamente eso.

Escribió a Valentina Russo esa misma tarde, localizando su dirección de correo institucional en el sitio web de La Sapienza de Roma donde seguía trabajando como profesora de paleografía. El correo era directo: le explicaba quién era, qué investigaba, y le pedía que le contara todo lo que recordaba del fragmento de Malta y de la colección privada donde lo había visto. Añadía que la marca geométrica que había descrito en su artículo de 1987 era identificable y que él creía saber qué significaba.

Valentina Russo respondió esa misma noche, a las once y cuarto hora de Roma, con la prontitud de quien tiene el correo activo hasta tarde y la curiosidad suficientemente despierta como para no dejar una pregunta interesante para el día siguiente: *Recuerdo perfectamente el fragmento. Llevo treinta y siete años preguntándome qué era esa marca. Si usted lo sabe, quiero escucharlo. Estoy en Malta la semana que viene por otros asuntos. ¿Puede usted también estar en Malta?*

Tomás fue a Asuán al día siguiente, no porque hubiera cambiado el plan sino porque Elefantina seguía siendo el eslabón que necesitaba ver con sus propios ojos antes de seguir hacia el oeste. El tren desde Alejandría tardaba más de doce horas, cruzando el valle del Nilo de norte a sur con

el río siempre visible desde la ventanilla izquierda, ancho y verde y obstinadamente permanente entre las orillas áridas.

La isla de Elefantina se alcanzaba desde Asuán en una barca de cinco minutos. Era un sitio arqueológico de tamaño modesto, con las ruinas del templo judío parcialmente excavadas y señalizadas para los visitantes que llegaban en los cruceros del Nilo, la mayoría de los cuales miraban las piedras con la atención distraída de quien ya ha visto demasiadas ruinas en demasiados días. Tomás llegó a primera hora de la mañana, antes de los grupos, y tuvo el lugar prácticamente para sí mismo durante casi dos horas.

Caminó entre las ruinas del templo con el plano arqueológico en la mano, identificando las estructuras según las excavaciones del siglo XX, buscando no objetos sino proporciones: las dimensiones del edificio en relación con las descripciones del Templo de Jerusalén, la orientación, la posición del sanctum sanctorum si el paralelo era aplicable. No encontró nada que no estuviera ya en la bibliografía publicada. Y eso mismo, como en Bagdad, era lo más significativo: si algo excepcional había pasado por esta isla, no había dejado rastro material verificable. O el rastro había sido borrado deliberadamente, o había salido de aquí antes de que alguien pudiera documentarlo.

Se sentó sobre una piedra cerca del borde del río y miró el Nilo. El agua en ese punto era verde oscura, densa, con la corriente lenta de quien lleva cinco mil años corriendo en la misma dirección y ya no tiene ninguna prisa. Una garza blanca pescaba en la orilla opuesta con la concentración inmóvil del especialista.

—Si estuviste aquí —dijo Tomás en voz baja, hablándole al río o a la piedra o a nadie en particular—, ¿cómo saliste?

El río no respondió. Pero la respuesta estaba ya en el artículo de Russo: hacia el norte y el oeste. Hacia el Mediterráneo. Hacia Malta, donde los caballeros de las órdenes militares medievales habían acumulado durante siglos los objetos y los conocimientos que el Mediterráneo oriental producía y que las Cruzadas transportaban hacia Europa con la misma inconsciencia con que los ríos transportan sedimentos: sin saber exactamente qué llevan, depositando en cada curva algo que la corriente recogió en otro lugar.

Tomás sacó el teléfono y respondió el correo de Valentina Russo: *Estaré en Malta el lunes. Dígame dónde y a qué hora.*

Guardó el teléfono, miró el río un momento más, y se levantó. La barca de regreso a Asuán salía en media hora. Y desde Asuán había un vuelo a El Cairo que conectaba con otro a La Valeta.

El Mediterráneo lo esperaba. Y en el Mediterráneo, desde hacía siglos, todo terminaba convergiendo en Malta. En el tren de regreso hacia El Cairo, con la noche cayendo sobre el valle del Nilo y las luces de las aldeas parpadeando a través de las palmeras, Tomás redactó en el

cuaderno el estado de la cadena tal como la tenía después de Alejandría y Asuán. Era un ejercicio que hacía al final de cada etapa, no para celebrar lo encontrado sino para ser honesto sobre lo que seguía faltando.

Tenía ahora cinco eslabones verificables en distintos grados. La cámara vaciada de Jerusalén, anterior al saqueo y vaciada con orden: evidencia arqueológica directa, sólida. El silencio de los registros babilónicos, reforzado por la tablilla de Berlín que confirmaba que los sacerdotes escondieron algo: evidencia documental indirecta pero consistente. La tradición oral etíope sobre la custodia intermedia en Egipto: evidencia de segunda mano, no verificable de manera independiente pero coherente con lo demás. La obra de Filón de Alejandría sobre el Arca como principio y no como objeto: evidencia intelectual de una tradición de interpretación que transformaba el objeto en símbolo con una claridad que ninguna otra fuente igualaba. Y ahora el fragmento de Malta descrito por Russo en 1987, con la marca geométrica que conectaba esa tradición con el simbolismo de las órdenes militares medievales: evidencia material indirecta, pendiente de verificación directa.

Lo que seguía faltando era el eslabón entre Elefantina y Malta. Cómo llegó lo que salió del Templo de Jerusalén desde el Nilo hasta el Mediterráneo occidental. Qué manos lo transportaron, bajo qué nombre, en qué período. Ese eslabón podía estar en los archivos de Malta. O podía no estar en ningún archivo y ser simplemente el hueco que la historia siempre deja en sus propias cadenas, el punto donde la evidencia se acaba y la interpretación empieza.

Escribió también algo que no era parte del análisis sino una observación personal que sin embargo pertenecía al cuaderno porque el cuaderno era el único lugar donde podía ser completamente honesto: que Filón de Alejandría, diecinueve siglos antes, había llegado a la conclusión más importante de toda la cadena. Que la alianza no era un contrato con cláusulas. Era un principio. Y que ese principio no necesitaba un objeto para existir, igual que una dirección no necesita una señal para ser real.

Si Filón tenía razón, lo que la masonería custodiaba no era el Arca ni ningún sucesor del Arca. Era la memoria de esa comprensión: que el ser humano tiene la capacidad de orientarse hacia algo más grande que sí mismo, y que esa capacidad es la única alianza que nunca puede perderse porque no está contenida en ningún objeto que pueda destruirse o confiscarse.

Era una conclusión hermosa. Era también, pensó Tomás con la honestidad incómoda que acompañaba los mejores momentos de la investigación, exactamente el tipo de conclusión que un hombre inteligente podría usar para justificar el silencio.

El tren llegó a El Cairo pasada la medianoche. Tomás durmió cuatro horas en el hotel del aeropuerto y tomó el vuelo a Malta al amanecer,

con el cuaderno sobre la mesita plegable y la sensación, que ya se había vuelto familiar, de que cada etapa que cerraba abría una más compleja que la anterior.

CAPÍTULO 8

El archivo de los caballeros

Malta, mayo de 2024

Malta es una acumulación. Una acumulación de civilizaciones que llegaron, se quedaron, dejaron su capa y fueron cubiertas por la siguiente sin que ninguna desapareciera del todo: los fenicios, los cartagineses, los romanos, los árabes, los normandos, los caballeros hospitalarios, los otomanos que no pudieron quedarse, los franceses que llegaron con Napoleón y se fueron con la misma prisa, los ingleses que estuvieron dos siglos y dejaron el idioma mezclado con el árabe maltés como evidencia de que los imperios siempre dejan más de lo que pretenden. El resultado es una isla pequeña donde cada piedra tiene demasiada historia encima y donde el Mediterráneo que la rodea, visto desde las murallas de La Valeta al atardecer, tiene el color específico del azul que los pintores del Renacimiento usaban para la ropa de la Virgen: intenso, denso, casi imposible.

Valentina Russo lo esperaba en la terraza de un café frente al Gran Puerto con un expreso doble y la expresión de quien lleva treinta y siete años esperando que alguien le explicara algo que no ha podido sacarse de la cabeza. Tenía cincuenta y ocho años, el pelo gris cortado corto, y la energía contenida de los académicos que trabajan con las manos además de con la mente: paleógrafa de formación, había pasado décadas tocando documentos reales y eso se notaba en la manera en que gesticulaba al hablar, como si las palabras necesitaran apoyo físico para ser precisas.

—Doctor del Llano —dijo en un italiano que inmediatamente cambió a inglés cuando Tomás le respondió en ese idioma—. Treinta y siete años. Ese artículo lo escribí con veintidós años y la marca de ese fragmento no me ha dado paz desde entonces. ¿Qué es?

—La escuadra y el compás de la masonería —dijo Tomás.

Valentina lo miró durante dos segundos.

—Dios mío —dijo—. Claro que sí. ¿Cómo no lo vi?

—Porque en 1987 usted era una estudiante de doctorado en papirología, no en historia de las órdenes iniciáticas —dijo Tomás—. Y porque la conexión entre un fragmento arameo del período persa tardío y el simbolismo masónico no es el tipo de conexión que un especialista en paleografía estaría buscando.

—No. Pero debería haberlo buscado. —Bebió el expreso—. Cuénteme todo desde el principio. Tengo tiempo.

Tomás le explicó la cadena completa durante casi una hora, desde los folios de Lisboa hasta Elefantina, con el rigor del informe académico y la franqueza de quien habla con alguien que puede evaluar lo que escucha. Valentina escuchó sin interrumpir, tomando notas en un cuaderno pequeño con la letra apretada del especialista que sabe exactamente qué registrar y qué no. Cuando Tomás terminó, ella revisó sus notas un momento antes de responder.

—El fragmento está en manos de una colección privada maltesa —dijo—. La familia Borg. Llevan generaciones acumulando documentos del período medieval, principalmente relacionados con la Orden de los Caballeros Hospitalarios, pero con adquisiciones de procedencia muy diversa a lo largo del siglo XX. Lo vi una vez, en 1987, con un permiso de acceso que tardé seis meses en obtener y que me limitaba a una sesión de tres horas sin posibilidad de fotografiar el material. Tomé notas a mano. El artículo que publicó fue lo que pude reconstruir de esa sesión.

—¿Sigue la familia Borg teniendo el fragmento?

—Según lo que sé, sí. La colección no se ha dispersado. Pero el acceso es complicado. Son celosos con el material y desde los años noventa han restringido las visitas de investigadores externos casi completamente.

—¿Tiene usted algún contacto con ellos?

—Uno —dijo Valentina—. El hijo mayor de la generación actual. Fuimos a la misma conferencia de Bruselas hace cuatro años. Es arqueólogo, más accesible que su padre. Puedo intentarlo. —Lo miró—. Pero hay algo que debería ver antes. Los archivos de la Orden de Malta en el Palacio de los Grandes Maestros tienen documentos del período hospitalario que no han sido consultados sistemáticamente desde hace décadas. Si hay alguna referencia escrita sobre el fragmento o sobre la cadena de custodia del objeto que describe, podría estar ahí. Tengo acceso a esos archivos desde hace años. Podemos ir mañana.

El Palacio de los Grandes Maestros en La Valeta era un edificio del siglo XVI que había funcionado como sede de los Caballeros Hospitalarios durante los siglos en que Malta fue el centro de su poder mediterráneo, y que hoy albergaba el Parlamento de Malta y, en sus alas históricas, una colección de documentos y objetos que abarcaban los siglos XII al XVIII con la densidad acumulativa de una institución que había tenido el tiempo y los recursos para documentar casi todo lo que le pasaba.

El archivero que los recibió era un hombre de unos cuarenta años, eficiente y sin curiosidad aparente, que les asignó una sala de consulta, les trajo los índices correspondientes a los períodos solicitados y los dejó trabajar con la discreción profesional de quien sabe que su trabajo es facilitar el acceso, no participar en la investigación.

Trabajaron durante dos días. Valentina conocía los fondos medievales con la fluidez del especialista y Tomás aportaba el marco de referencia que permitía identificar lo relevante entre lo abundante. El segundo día,

a media tarde, Valentina llamó a Tomás desde el otro extremo de la sala con un gesto que no necesitaba explicación.

Era un documento del siglo XIII, en latín medieval de la cancillería hospitalaria, que registraba la recepción en Malta de un envío procedente de Acre, el último bastión cruzado en Tierra Santa, fechado en 1291, el año de la caída de Acre y del fin de la presencia cruzada en Palestina. El documento era un inventario de objetos traídos desde Tierra Santa antes de la evacuación, y en su mayor parte listaba lo esperado: reliquias, ornamentos litúrgicos, documentos, objetos de valor. Pero al final del inventario, separado del resto por un espacio en blanco que el escriba había dejado como si el objeto en cuestión no perteneciera del todo a la misma categoría que los demás, había una entrada de tres líneas que Tomás leyó dos veces antes de traducirla en su cuaderno:

Aquello que el maestro constructor Hiram conocía y que los doce no supieron custodiar, traído desde la casa del constructor en Tierra Santa: confiado a la custodia de los caballeros hasta que el templo sea reconstruido.

Aquello que el maestro constructor Hiram conocía. Era la referencia al constructor de Hiram de Tiro, el artesano fenicio que según los textos bíblicos supervisó la construcción del Templo de Salomón y cuya figura se había convertido en el símbolo central del ritual masónico. En un documento hospitalario del siglo XIII esa referencia no era alegórica ni decorativa. Era funcional: describía un objeto o una tradición bajo el nombre simbólico que quienes lo custodiaban usaban para referirse a él.

La conexión templaria estaba confirmada. El rastro del Arca, o de lo que el Arca había llegado a ser después de siglos de transmisión simbólica, había pasado por los caballeros de Tierra Santa antes de llegar a la masonería especulativa. Y eso significaba que el siguiente eslabón estaba donde los templarios escoceses habían sobrevivido a la disolución de la orden en 1312: en Edimburgo.

Tomás estaba escribiendo en el cuaderno cuando sintió que alguien se sentaba frente a él en la sala de lectura. Levantó la vista.

Era un hombre de unos setenta y dos o setenta y tres años, delgado, con el abrigo gris oscuro de quien se viste con calidad y sin ostentación, el pelo completamente blanco y los ojos claros de un azul que en ese momento tenían la expresión de alguien que ha calculado exactamente cuándo intervenir y ha decidido que es ahora. Se sentó con la naturalidad de quien tiene todo el derecho de estar ahí, y cuando habló lo hizo en español, un español construido con una precisión que no era la de quien lo aprendió de niño sino la de quien lo aprendió bien y lo ha practicado durante décadas.

—Doctor del Llano —dijo en voz baja, con la cortesía firme de quien no necesita alzar la voz para que lo escuchen—. Soy Ezra Lichtmann.

Llevamos varios meses siguiendo el mismo camino. Creo que ya es hora de que hablemos.

Tomás lo miró durante un segundo. Luego cerró el cuaderno con calma.

—¿Cómo supo que estaba aquí? —preguntó.

—Porque yo también he consultado estos archivos —dijo Ezra—. Y porque hay muy pocas personas en el mundo que estén buscando lo que usted busca con el rigor con que usted lo busca. No fue difícil seguir el rastro.

—Las notas —dijo Tomás.

—Las notas —confirmó Ezra, sin disculparse ni explicar más de lo necesario.

Valentina, al otro extremo de la sala, los miraba con una expresión que mezclaba la sorpresa con algo parecido al reconocimiento, como si hubiera esperado que algo así ocurriera sin saber exactamente qué forma tomaría.

—¿La conoce? —preguntó Tomás señalando a Valentina con un gesto discreto.

—Conozco su trabajo —dijo Ezra—. El artículo de 1987 es una de las razones por las que Malta estaba en mi lista hace treinta años.

—¿Y el fragmento de los Borg?

—Lo vi en 1994 —dijo Ezra—. Cuatro meses antes de Edimburgo.

Tomás lo miró con atención. El hombre frente a él no tenía el aspecto del antagonista que las notas anónimas sugerían. Tenía el aspecto de alguien que ha llevado una carga durante mucho tiempo y que en este momento, en esta sala de lectura con los documentos del siglo XIII entre ellos, ha decidido que ya es suficiente tiempo haciéndolo solo.

—¿Cuándo quiere hablar? —preguntó Tomás.

—Esta tarde —dijo Ezra—. Hay una terraza con vistas al puerto que conozco desde hace años. Es un lugar apropiado para una conversación de este tipo.

Se levantó con la misma naturalidad con que se había sentado, asintió levemente hacia Valentina, y salió de la sala sin mirar atrás.

Tomás permaneció un momento mirando la puerta vacía. Luego abrió el cuaderno de nuevo y escribió debajo de las últimas notas, con letra más pequeña que de costumbre: *Ezra Lichtmann. 30 años de ventaja. ¿Qué sabe que yo todavía no sé?*

Valentina llegó hasta su mesa y se sentó frente a él.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

—El hombre que llegó hasta el final antes que yo —dijo Tomás— y que eligió no publicar nada.

Valentina lo miró un segundo.

—¿Y usted qué va a elegir?

—Todavía no lo sé —dijo Tomás—. Pero esta tarde voy a escuchar sus razones. La terraza que Ezra conocía estaba en el segundo piso de un edificio del siglo XVII con vistas al Gran Puerto y a los muros de piedra dorada de La Valeta encendiéndose con la luz de la tarde. Ezra ya estaba sentado, con un vaso de agua y la actitud de quien lleva esperando treinta años y una hora más no cambia nada. Pidió vino para los dos sin preguntar.

—Tiene usted treinta preguntas —dijo Ezra cuando el camarero se fue—. Hágalas en el orden que prefiera.

—Una sola por ahora —dijo Tomás—. ¿Por qué me siguió durante meses en lugar de presentarse desde el principio?

—Porque necesitaba saber si llegaría hasta aquí por sus propios medios —dijo Ezra—. Un investigador que necesita que le indiquen el camino no está listo para la conversación que debemos tener. Usted no necesitó que nadie le indicara nada. Llegó solo. Eso lo hace mi igual en este asunto, y los iguales merecen una conversación diferente a la que merecen los aficionados.

Era un cumplido construido con la precisión de una herramienta.

—Las notas —dijo—. El correo en Barajas. Los accesos bloqueados en Jerusalén y Etiopía.

—Recursos —dijo Ezra—. Tengo contactos donde usted todavía no los tiene. Los usé para obstaculizarlo. No para dañarlo. La diferencia importa.

—¿Por qué obstaculizar si al final iba a presentarse?

—Porque cada obstáculo era una oportunidad de reconsiderar. Usted no reconsideró. Eso también era información que necesitaba.

Tomás bebió el vino.

—¿Qué encontró usted en 1994 que yo voy a encontrar en Edimburgo? —preguntó.

—Lo mismo que usted ya sabe —dijo Ezra—. Que no hay ningún objeto. Que nunca hubo ningún objeto en los archivos de la Gran Logia de Escocia ni en ninguna logia del mundo. Que lo que hay es una línea de transmisión documentable desde los templarios escoceses de 1312 hasta la fundación de 1717, y que en esa línea lo que se transmite es un principio, no una reliquia. La alianza sin objeto. El contenido sin el receptáculo.

—Filón de Alejandría —dijo Tomás—. Usted llegó a Filón antes que yo.

—Llegué a Filón —confirmó Ezra—. ¿Y entonces?

—Entiendo lo que custodia la masonería. Lo que no entiendo es por qué eso justifica el silencio.

—No justifica el silencio —dijo Ezra—. Justifica la prudencia. Son cosas distintas. —Giró el vaso—. Si usted publica que el rastro material del Arca se pierde entre Elefantina y el Mediterráneo occidental, y que lo que la masonería ha custodiado durante tres siglos es el principio que ese objeto simbolizaba, ¿quién usa esa información y para qué?

—Los académicos serios —dijo Tomás.

—Y también todos los demás. Los que quieren demostrar que la masonería es una conspiración. Los que quieren demostrar que es una farsa. Los fundamentalistas de todos los credos que llevan siglos usándola como receptáculo de sus propias proyecciones. La verdad histórica no llega al mundo en condiciones de laboratorio, doctor del Llano. Llega al mundo que existe, con todos sus actores y todas sus agendas.

El sol estaba descendiendo sobre el puerto y la piedra de La Valeta se iba encendiendo en tonos de miel oscura. Tomás miró el horizonte un momento antes de responder.

—Lo que usted describe —dijo— es exactamente el argumento que se ha usado en todos los siglos para justificar que ciertos conocimientos pertenezcan solo a quienes los custodian. Es el argumento de la aristocracia intelectual. Y produce exactamente los mismos problemas que produce cualquier aristocracia.

—Lo sé —dijo Ezra—. Por eso no le pido que calle para siempre. Le pido que piense antes de publicar. Hay una diferencia entre publicar la verdad y publicar la verdad sin el contexto que la hace responsable. —Hizo una pausa—. Vaya a Edimburgo. Vea lo que hay. Y luego hablemos de nuevo.

Se separaron cuando el puerto ya estaba en sombras y las luces de La Valeta comenzaban a encenderse sobre el agua. Tomás caminó de regreso al hotel por las calles estrechas de la ciudad amurallada con la sensación de llevar en las manos algo que pesaba más que antes de la conversación, no menos.

Ezra Lichtmann no era el enemigo que las notas anónimas habían sugerido. Era algo más complicado: un hombre que había llegado a la misma verdad treinta años antes y que había tomado una decisión con la que Tomás no estaba de acuerdo pero que no podía descartar sin haberla pensado del todo. Solo podía responderse con una convicción diferente. Y Tomás, esa noche en Malta, todavía no sabía con exactitud cuál era la suya.

CAPÍTULO 9

El argumento de Ezra

Malta y París, mayo-junio de 2024

La segunda conversación ocurrió al día siguiente, en las mismas sillas, frente al mismo puerto, pero con una luz diferente: la mañana tiene en

Malta una claridad que no perdona, sin la indulgencia del atardecer que había suavizado los ángulos de la noche anterior. Ezra Lichtmann llegó puntual, sin el traje del día anterior, con una chaqueta gris que lo hacía parecer más viejo o quizás simplemente más él mismo, y pidió café antes de sentarse.

—Usted me dejó un argumento pendiente —dijo Tomás.

—Sí —admitió Ezra—. Deliberadamente.

Tomás había dormido poco. Había pasado parte de la noche releyendo sus propias notas de los últimos meses: Jerusalén, Bagdad, Berlín, Aksum, Alejandría, Malta. La cadena era sólida. Lo que faltaba no era evidencia sino interpretación, y la interpretación dependía de una pregunta que Ezra había formulado con precisión quirúrgica la tarde anterior: ¿quién usa esa información y para qué? Era exactamente el tipo de pregunta que un historiador serio no podía responder desde el laboratorio.

—Antes de seguir —dijo Tomás—, necesito entender algo. Usted no es simplemente un investigador que llegó antes que yo. Usted sabía dónde estaba yo en Jerusalén. Sabía dónde estaba en Berlín. Sabía que iba a Aksum antes de que yo solicitara los permisos. Eso no es investigación paralela. Eso es seguimiento activo.

Ezra asintió sin incomodidad aparente.

—Correcto.

—¿Por qué?

—Porque cuando los folios de Lisboa aparecieron en la subasta de Oporto, alguien nos avisó. Tenemos personas en varias casas de subastas especializadas en fondos eclesiásticos. El lote era ordinario, pero esos tres folios no eran ordinarios para quien sabía lo que buscaba. Cuando la Universidad de Edimburgo los adquirió y Fanshawe se los entregó a usted, empezamos a seguir el proceso.

—Fanshawe —dijo Tomás.

—Fanshawe sabía que los folios eran singulares. No sé hasta qué punto entiende su alcance. Ese es un punto que usted deberá resolver por su cuenta.

Tomás guardó eso en algún lugar del pensamiento donde las cosas esperan ser examinadas con más calma. Por ahora tenía una conversación que terminar.

—El argumento pendiente —dijo.

Ezra bebió el café despacio, como quien ordena ideas que lleva tiempo ordenando.

—La masonería especulativa nació en 1717 en Londres —comenzó—, pero sus materiales simbólicos son mucho más antiguos. Lo que Anderson y sus contemporáneos hicieron no fue inventar un sistema de

alegorías. Sistematizaron algo que ya existía: una cadena de transmisión que venía de las logias operativas escocesas, que venía a su vez de los templarios que sobrevivieron en Escocia después de 1312, que venía de algo anterior que usted va a encontrar documentado, parcialmente, en los archivos de la Gran Logia de Edimburgo. En esa cadena no se transmitió ningún objeto. Se transmitió un principio.

—Ya me lo dijo ayer.

—Ayer le dije qué. Hoy le digo por qué importa. —Ezra dejó la taza—. El principio es este: que existe una alianza entre el ser humano y aquello que lo supera, sea Dios, sea la razón, sea la dignidad colectiva de la especie, y que esa alianza no consiste en obedecer un contrato sino en el compromiso activo con la verdad, la virtud y la fraternidad. Eso es todo. No hay más secreto que ese. Y ese principio, envuelto en ritual y símbolo, ha funcionado durante tres siglos como uno de los pocos espacios institucionales donde los valores de la Ilustración encontraron forma transmisible de generación en generación.

—No estoy en desacuerdo con nada de eso —dijo Tomás.

—Lo sé. Por eso lo que voy a decirle a continuación no es un argumento en su contra. Es una pregunta sobre las consecuencias. —Ezra cruzó las manos sobre la mesa—. Si usted publica su investigación, el titular no va a ser: "Historiador mexicano demuestra que la masonería custodia un principio filosófico de origen antiguo". El titular va a ser: "El Arca de la Alianza nunca estuvo en poder de los masones" o "Investigación revela que el gran secreto masónico es una cadena de transmisión simbólica". Dos titulares distintos, pero ambos degradantes. Ambos reducen trescientos años de tradición moral a un chiste o a un fraude. Y eso ocurrirá independientemente de la calidad de su trabajo, porque así funciona la manera en que la información circula en el mundo que existe, no en el que a usted y a mí nos gustaría que existiera.

—Eso es un argumento sobre el contexto mediático —dijo Tomás—, no sobre la verdad histórica.

—Es un argumento sobre la responsabilidad del historiador frente a las consecuencias de publicar. Usted tiene la obligación académica de decir lo que encontró. Pero también tiene la obligación intelectual de pensar qué hace con lo que encontró.

Tomás miró el puerto. Un carguero lento cruzaba la entrada de la bahía en dirección a mar abierto.

—Usted me está pidiendo que sea cómplice de una omisión —dijo.

—Le estoy pidiendo que sea prudente con una verdad que puede usarse como arma. Son cosas distintas.

—No tanto como usted cree. —Tomás giró la taza vacía—. El problema con su argumento, Ezra, es que se puede usar para justificar cualquier silencio. Es exactamente el razonamiento que han empleado todas las

instituciones que han decidido que ciertas verdades son demasiado peligrosas para el público. La Iglesia lo usó durante siglos. Los estados lo usan hoy. La masonería misma lo usa, si queremos ser precisos. El argumento no distingue entre proteger una verdad y suprimirla. Y esa indistinción es el punto exacto donde la prudencia se convierte en censura.

Ezra escuchó sin interrumpir. Cuando Tomás terminó, permaneció un momento en silencio que no era de derrota sino de consideración genuina.

—Tiene razón en el principio —dijo finalmente—. El argumento es potencialmente abusable. Todo argumento sobre las consecuencias de publicar es potencialmente abusable. Eso no lo invalida. Lo que lo distingue del silencio institucional ordinario es la naturaleza de lo que se protege. No se protege el poder de una institución. Se protege la función social de un principio moral. Eso no es lo mismo.

—Para el principio, no para la institución —dijo Tomás.

—Exacto.

—Pero la institución no puede separarse del principio una vez que uno empieza a distinguirlos. Si el principio es verdadero por sí mismo, no necesita la institución para sobrevivir. Y si necesita la institución, entonces no es un principio: es una doctrina que depende de su andamiaje.

Ezra sonrió. Era la primera vez en dos días que Tomás lo veía sonreír, y la sonrisa tenía algo de reconocimiento, como la de un maestro que ve a un alumno llegar a una conclusión que esperaba.

—Esa —dijo— es exactamente la pregunta que me hice yo en 1994. Y no la resolví entonces. No la he resuelto en treinta años. Por eso no le pido que resuelva nada ahora. Le pido que vaya a Edimburgo, que vea lo que hay, y que después de verlo se haga esa misma pregunta con toda la evidencia sobre la mesa.

Se separaron sin un acuerdo. Eso era, pensó Tomás mientras caminaba de regreso por las calles de piedra caliza de La Valeta, lo más honesto que había ocurrido en la conversación: que no había acuerdo posible todavía porque la pregunta real aún no había sido formulada del todo. Ezra le había dado el marco. Los archivos de Edimburgo iban a darle el contenido.

París fue un paréntesis necesario.

La Biblioteca Nacional de Francia, en su sede de la calle de Richelieu, tiene el silencio particular de los lugares que llevan siglos acumulando lo que otros escribieron. Tomás pasó tres días en el departamento de manuscritos medievales con credenciales de la Universidad de Edimburgo y una lista de referencias que había construido a partir de la bibliografía sobre los archivos templarios dispersados tras la disolución

de la orden en 1312. El proceso de Jacques de Molay y sus compañeros fue uno de los eventos documentalmente más densos del Medievo: bulas papales, actas de interrogatorio, inventarios de bienes confiscados, correspondencia entre Felipe IV de Francia y Clemente V que se extiende durante años antes y después de la supresión.

Lo que buscaba Tomás no estaba en los documentos principales. Estaba en los márgenes: referencias cruzadas en inventarios de bienes incautados a casas templarias en Francia y en los reinos ibéricos, menciones a objetos que no correspondían a los registros ordinarios de una orden militar y religiosa, referencias a materiales que los templarios habían traído de Tierra Santa durante las Cruzadas y que no figuraban en los inventarios oficiales confiscados por la corona francesa.

El tercer día, en un legajo de correspondencia administrativa entre el comendador de la casa templaria de París y la sede central de la orden en Chipre, fechada en 1306, seis años antes de la supresión, encontró lo que buscaba: una referencia a ciertos objetos de la casa del Temple de París descritos como aquello que el constructor de Hiram conocía y que los doce no supieron custodiar. La frase era críptica en la superficie, pero para alguien que llevaba meses rastreando el vocabulario simbólico que conectaría a los templarios con la masonería posterior, era transparente: el constructor de Hiram es la figura central del simbolismo masónico, el maestro arquitecto del Templo de Salomón según el Primer Libro de los Reyes, cuyo asesinato y la pérdida de su conocimiento son el núcleo alegórico de los rituales de los grados superiores. Y los doce que no supieron custodiar eran, en esa misma alegoría, los aprendices que fallaron en preservar el secreto.

Alguien, en 1306, estaba usando vocabulario masónico en un documento templario. O, más precisamente, estaba usando un vocabulario simbólico común que la masonería especulativa heredaría cuatro siglos después porque lo había recibido, a través de los templarios escoceses que sobrevivieron a la supresión, de una fuente anterior.

La conexión que faltaba estaba documentada. No de manera que resistiera un juicio, pero sí de manera que resistiera una investigación académica rigurosa. La cadena era real: desde algo que salió de Jerusalén antes del 586 antes de Cristo, pasando por Elefantina, por el Mediterráneo occidental, por algún punto en el que los templarios cruzados tomaron contacto con la tradición, hasta Escocia en 1312 y Londres en 1717.

Lo que la cadena transmitía no era el Arca. Era el principio que el Arca contenía: que la alianza entre el ser humano y lo que lo supera no es un contrato escrito en piedra sino un compromiso activo, renovado en cada generación, con la razón y con la dignidad del otro.

Tomás cerró su cuaderno a las seis de la tarde con la sensación de haber completado un mapa que había tardado siete meses en dibujar. Quedaba una sola ciudad. Una sola sala de archivos. Y una conversación que tendría que terminar de tener consigo mismo antes de que cualquier otra conversación fuera posible.

Esa noche, en el hotel cerca del Marais, escribió a Miriam. Le dijo que iba a Edimburgo. Que creía saber lo que iba a encontrar. Que todavía no sabía qué iba a hacer con ello. Miriam respondió una hora después, con la concisión que era su estilo: *Eso ya es saber bastante. La mayoría de la gente nunca llega a esa pregunta.*

Reservó el vuelo para la mañana siguiente. Antes de cerrar el ordenador revisó una última vez sus notas de los tres días parisinos y añadió al final del cuaderno una observación que llevaba horas formándose sin que le hubiera dado nombre: la cadena de transmisión que había rastreado desde Jerusalén hasta Londres no era solo una cadena de ideas. Era una cadena de decisiones humanas. En cada punto de la cadena había alguien que había elegido preservar algo en lugar de dejarlo morir, alguien que había considerado que ese algo valía el esfuerzo y el riesgo de pasarlo al siguiente eslabón. No había objetos, pero había voluntades. Y eso, pensó mientras escribía, era tal vez más significativo que cualquier reliquia: que el principio había sobrevivido no porque estuviera guardado en una caja sino porque cada generación lo había encontrado suficientemente verdadero como para transmitirlo.

Ezra tenía razón en algo: la pregunta no era si publicar la verdad histórica. La pregunta era si él, Tomás del Llano, entendía lo suficientemente bien lo que había encontrado como para presentarlo de manera que la verdad no se convirtiera en su contrario al llegar al mundo. Era la misma pregunta que Valentina le había hecho en Malta, formulada de otra manera. Era, en el fondo, la pregunta que cualquier investigador serio debía hacerse antes de abrir la boca.

Al apagar la luz pensó en Ezra, en la sonrisa de reconocimiento del último día en La Valeta, en la frase que había dejado flotando sin resolución: *vaya a Edimburgo, vea lo que hay, y luego hablemos de nuevo.* La frase tenía la estructura de una promesa. Pero también, pensó Tomás en la oscuridad del cuarto, la estructura de una trampa muy bien construida. El peligro no era Ezra. El peligro era que Ezra pudiera tener razón en la práctica aunque estuviera equivocado en el principio. Y distinguir entre esas dos cosas requería algo que ningún archivo del mundo podía darle.

CAPÍTULO 10

Lo que los templarios guardaron

Edimburgo, junio-julio de 2024

Edimburgo en junio tiene una luz que no termina de convencer. El sol se niega a retirarse del todo hasta las diez de la noche y luego regresa antes de las cinco de la mañana, como si la ciudad no mereciera la oscuridad completa o no pudiera tolerarla. Tomás llegó un martes por la tarde, dejó la maleta en el piso de Marchmont sin deshacer, y caminó hasta el Old College a buscar a Fanshawe.

El rector lo recibió con la cortesía sólida de siempre, detrás del escritorio de roble que llevaba en el mismo lugar desde antes de que Fanshawe fuera rector. Escuchó el resumen de los últimos siete meses con una atención que Tomás ya no podía leer como simplemente rectoral. Era la atención de alguien que esperaba cierto destino y reconocía los signos de que ese destino se estaba aproximando.

—¿Y los folios? —preguntó Fanshawe cuando Tomás terminó.

—Auténticos. Siglo V o VI, escritura del Mediterráneo oriental. El laboratorio de Zúrich confirmó el pergamino. Fray Anselmo los autenticó paleográficamente. Son lo que parecen.

Fanshawe asintió con la expresión de quien confirma algo que ya sabía pero necesitaba escuchar dicho en voz alta.

—¿Y usted qué va a hacer ahora? —preguntó.

—Terminar la investigación —dijo Tomás—. La Gran Logia de Escocia.

Fanshawe lo miró un momento antes de responder.

—Colin MacRae es el archivero. Es un hombre razonable. Dígale que va de mi parte.

Tomás lo miró. Era la primera vez que Fanshawe ofrecía algo así, una llave que no había sido pedida. Guardó la observación en el mismo lugar donde había guardado todas las demás: pendiente de examen.

La Gran Logia de Escocia ocupa un edificio del siglo XIX en George Street, en el centro de la ciudad nueva, a diez minutos a pie del Old College. Tiene la fachada discreta de las instituciones que no necesitan anunciarse, con columnas de piedra gris y una placa de bronce que podría confundirse con la de cualquier club o asociación profesional si uno no supiera lo que buscaba. Tomás se presentó a la mañana siguiente con sus credenciales universitarias y el nombre de Fanshawe, y fue conducido a una sala de espera con muebles de madera oscura y retratos de grandes maestros en las paredes.

Colin MacRae llegó puntual. Tenía cincuenta y cinco años, barba entrecana recortada con precisión, y el temperamento equilibrado de alguien que ha pasado décadas manejando el acceso a materiales que la gente suele querer por razones equivocadas. Escuchó la solicitud de Tomás con atención profesional: registros de la primera mitad del siglo XVIII, documentos relacionados con la fundación de la Gran Logia de 1717, materiales simbólicos incorporados al ritual original, correspondencia entre los fundadores.

—Es una solicitud legítima —dijo MacRae—. Varios investigadores han trabajado con esos fondos. —Hizo una pausa breve—. Fue consultado anteriormente, en 1994, por un investigador de Basilea. El registro dice Lichtmann. No publicó nada, que yo sepa.

Tomás levantó la vista del cuaderno. MacRae lo miraba con la neutralidad de quien consigna un dato administrativo. Pero el dato no era neutral y los dos lo sabían.

—Gracias —dijo Tomás—. Es útil saberlo.

MacRae lo condujo a la sala de archivos y le trajo los primeros legajos.

Lo que Tomás encontró en los archivos de la Gran Logia de Escocia no era el Arca. Eso lo sabía desde Malta, desde las conversaciones con Ezra, desde el razonamiento que había construido pacientemente a lo largo de siete meses de investigación en tres continentes. Lo que encontró era algo más preciso y, en cierto modo, más impresionante que cualquier objeto: la documentación de una transmisión.

Los materiales fundacionales de la masonería especulativa, los que James Anderson y sus contemporáneos usaron para construir las primeras Constituciones de 1723, contenían referencias simbólicas al Templo de Salomón que iban más allá del uso metafórico convencional. No era simplemente que la masonería usara la imagen del Templo como alegoría del perfeccionamiento moral, que era la interpretación pública y conocida. Era que los documentos mostraban una continuidad de vocabulario, de símbolos específicos, de formulaciones que aparecían en fuentes anteriores: en las actas de las logias de constructores escocesas del siglo XVI, que fueron las primeras en admitir miembros no operativos; en los registros de las fraternidades de albañiles escoceses del siglo XV; y, en fragmentos que MacRae le mostró con la cautela de quien presenta piezas delicadas, en documentos vinculados a las órdenes derivadas de los caballeros templarios que habían sobrevivido en Escocia después de la supresión de la orden en 1312.

En cada punto de esa cadena aparecía el mismo vocabulario. Las mismas referencias al constructor de Hiram. La misma insistencia en que la logia custodiaba algo que no podía mostrarse pero que orientaba. La misma distinción entre el ritual exterior, accesible a todos los iniciados, y un núcleo de significado que solo los grados más altos comprendían en su totalidad.

Tomás pasó tres días en los archivos. Al final del tercer día tenía la demostración documentada de lo que Ezra le había dicho en Malta: la línea de transmisión era real y rastreable. No había ningún objeto en ningún sótano de ninguna logia. Pero había algo más difícil de ignorar que un objeto: había una cadena ininterrumpida de hombres que en cada generación habían considerado que cierto principio valía la pena transmitir, que habían envuelto ese principio en ritual y símbolo para protegerlo de la erosión del tiempo, y que lo habían pasado al siguiente

eslabón con la misma seriedad con que otros transmitían tierras o títulos o recetas familiares.

El cuarto día MacRae llegó a la sala de archivos con un legajo que no había sido parte de los materiales originalmente solicitados.

—Hay algo que quizás le interese ver —dijo—. No está en los fondos de consulta habitual. Requiere una solicitud específica que, dado el alcance de su investigación, considero justificada.

Era una caja de madera sin marcas externas, fechada en el registro interno como 1716, un año antes de la fundación oficial de la Gran Logia. Contenía tres documentos sellados con lacre y uno sin sellar, escrito en un inglés arcaico que Tomás tardó un momento en ajustar su lectura para seguir. Era una declaración de principios firmada por un grupo de maestros masones de origen escocés y templario, depositada en custodia con instrucciones de que fuera consultada únicamente por investigadores con credenciales académicas verificables y propósito declarado de investigación histórica.

El documento describía explícitamente la naturaleza de lo que la orden custodiaba. No en términos alegóricos ni en vocabulario simbólico ritual. En términos directos, como si quien lo escribió hubiera querido que al menos un registro claro sobreviviera para quien llegara hasta ese punto con las preguntas correctas.

Lo que la orden custodia, decía el documento, no es ningún objeto ni ningún secreto que pueda ser revelado o robado. Es una alianza sin objeto, un principio sin reliquia, una verdad sin prueba. Es el conocimiento de que el ser humano es capaz de comprometerse con algo más grande que sí mismo sin necesitar que ese algo se le aparezca en forma visible o demostrable. Esa capacidad es el único secreto que la orden guarda, porque es el único secreto que merece ser guardado: que la alianza es posible aunque el Arca haya desaparecido, aunque el Templo haya sido destruido, aunque Hiram haya muerto sin revelar la palabra.

Tomás leyó el párrafo dos veces. Luego lo copió en su cuaderno palabra por palabra, con la fecha y la signatura del documento.

Alguien, trescientos años antes, había escrito exactamente lo que él había tardado siete meses y cuatro continentes en entender.

Estaba sentado con el cuaderno abierto y los documentos ante él cuando escuchó pasos en el corredor y MacRae entró a la sala seguido de un hombre al que Tomás reconoció de inmediato aunque tardó un segundo en procesar que estaba allí. Ezra Lichtmann, con la chaqueta gris de Malta o una igual, con la misma calma de quien llega a un lugar que conoce bien. MacRae lo acompañaba con la naturalidad de quien lo esperaba, que era, comprendió Tomás en ese momento, exactamente lo que ocurría.

Ezra se sentó frente a él, al otro lado de la mesa de archivos. Lo miró durante un momento sin decir nada.

—Ya llegó al mismo lugar que yo llegué —dijo finalmente—. ¿Y ahora?

Tomás miró el cuaderno abierto. Miró los documentos. Miró a Ezra.

—Ahora necesito pensar —dijo.

—Por supuesto —dijo Ezra—. Pero esta noche, si usted quiere, podemos hablar. Hay un pub en el Grassmarket que conozco desde hace treinta años. La conversación que tuvimos en Malta no terminó. Solo hizo una pausa.

Tomás asintió. MacRae recogió los documentos con sus guantes blancos, los devolvió a la caja y se retiró sin más comentario que una inclinación de cabeza hacia los dos. La sala quedó en silencio. Por la ventana alta se veía un fragmento de cielo escocés de julio, gris claro, con la luz particular de una ciudad donde el sol no termina de irse.

Esa tarde, de regreso en el piso de Marchmont, Tomás preparó café y se sentó a releer las notas del día. Sobre la mesa tenía todo: los folios de Lisboa con los que había comenzado en enero, las fotografías de los documentos de Jerusalén, Berlín, Aksum, Alejandría, Malta, París, y ahora las páginas del cuaderno escritas en la sala de archivos de George Street. Siete meses de trabajo. Cuatro continentes. Seis países. Una cadena que había seguido eslabón por eslabón desde el siglo VI antes de Cristo hasta una caja de madera sin marcas en una institución de piedra gris en Edimburgo.

El mapa estaba completo. La evidencia era sólida en sus términos, provisional en sus límites, honesta en sus lagunas. Podía escribir el artículo. Podía escribir el libro. Podía presentar la investigación en cualquier congreso de historia antigua o de estudios sobre las órdenes medievales y defender cada paso de la argumentación.

Lo que no podía hacer era ignorar la pregunta que Ezra llevaba tres meses formulándole de distintas maneras: ¿para qué?

No en el sentido vulgar. En el sentido preciso. ¿Qué cambiaba en el mundo si la cadena de transmisión era pública? ¿Qué ganaban los estudiosos? ¿Qué perdían las instituciones que la habían custodiado? ¿Quién usaba esa información y para construir qué? La verdad histórica no era un fin en sí misma si uno era honesto consigo mismo. Era un instrumento. Y los instrumentos, pensó Tomás mientras el café se enfriaba en la taza, no eran buenos ni malos por sí mismos sino por el uso que se les daba.

A las ocho de la noche bajó por Candlemaker Row hacia el Grassmarket. Ezra ya estaba en una mesa del fondo con dos pintas de cerveza oscura y la expresión de quien lleva media hora pensando en algo que no tiene prisa por decir.

—Leyó el documento de 1716 —dijo Ezra. No era una pregunta.

—Lo leí —confirmó Tomás—. Y lo copié.

—Bien. —Ezra bebió—. Entonces ya tiene todo lo que yo tenía en 1994.

—Y usted decidió no publicar.

—Y yo decidí no publicar. —Ezra dejó la pinta sobre la mesa—. No de inmediato. Esperé dos años. Escribí tres borradores distintos. Los destruí los tres. No porque tuviera miedo ni porque alguien me lo pidiera. Sino porque cada vez que llegaba al final del argumento me encontraba con la misma pregunta sin respuesta satisfactoria: ¿qué gana el mundo con saber esto que no puede ganar de otra manera?

—La verdad histórica —dijo Tomás.

—Eso ya lo dijimos en Malta.

—Y mi respuesta sigue siendo la misma.

Ezra inclinó la cabeza levemente, como concediendo un punto.

—Cuénteme entonces qué haría usted de manera diferente. No en abstracto. Concretamente. El artículo, el libro, el congreso, la rueda de prensa. ¿Qué ocurre después?

Tomás pensó antes de responder.

—Ocurre que la cadena de transmisión queda documentada. Que los historiadores pueden trabajar con ella. Que el debate sobre el origen de los símbolos masónicos deja de ser especulación y se convierte en historia verificable. Que cualquier persona con acceso a una biblioteca puede leer el argumento y formarse su propio juicio.

—Y ocurre también —dijo Ezra— que cada periodista que quiera un titular fácil puede reducir trescientos años de tradición moral a la frase: los masones guardaban un secreto que no era ningún secreto. Que cada conspiracionista del planeta puede usar su investigación como punto de partida para cualquier dirección que le convenga. Que la masonería, que con todos sus defectos ha funcionado durante tres siglos como uno de los pocos espacios donde los valores de la Ilustración se transmitieron institucionalmente, queda reducida a objeto de curiosidad histórica o de burla pública. ¿Eso también ocurre?

—También ocurre —admitió Tomás—. No lo puedo controlar.

—No. Nadie puede controlar cómo viaja la verdad. Por eso la pregunta no es si publicar sino cuándo y cómo. Y eso requiere algo que ninguno de los dos puede resolver esta noche en un pub del Grassmarket.

Se quedaron en silencio un momento. Desde la calle llegaba el ruido sordo de la ciudad de verano, voces, pasos, el paso ocasional de un autobús.

—¿Usted se arrepiente? —preguntó Tomás.

Ezra tardó en responder más de lo que Tomás esperaba.

—Algunos días sí —dijo—. Los días en que pienso que la verdad histórica tiene un valor en sí misma que no depende de sus consecuencias. Los días en que me parece que callé por miedo disfrazado de prudencia. —Hizo una pausa—. Otros días no. Los días en que leo las noticias y veo cómo se usa la información en el mundo que existe, no en el que nos gustaría que existiera.

—Y hoy —dijo Tomás.

Ezra lo miró.

—Hoy no sé —dijo—. Por eso me alegra que sea usted quien tiene que decidir y no yo.

Salieron juntos cuando el pub comenzaba a llenarse con el ruido de la noche. En la calle el aire tenía la frescura húmeda de Edimburgo en julio y la luz era todavía suficiente para ver las piedras grises del castillo sobre el volcán apagado al fondo de la ciudad. Caminaron en silencio hasta el cruce y Ezra señaló hacia el norte, hacia el puente de North Bridge que cruzaba el valle entre la ciudad vieja y la nueva.

—¿Sabe cuántas veces he cruzado ese puente desde 1994? —dijo Ezra.

Tomás lo miró.

—Muchas, imagino.

—Muchas. Y cada vez pienso lo mismo. —Ezra se detuvo—. En 1994 estuve en ese puente una noche de noviembre con toda la investigación terminada y la decisión sin tomar. Y tomé la decisión que tomé. No sé si fue la correcta. Sé que fue la mía.

Se despidieron en el cruce. Tomás caminó de regreso hacia Marchmont por las calles del casco antiguo con el ruido del pub todavía en los oídos y la conversación instalada en algún lugar del pensamiento donde las cosas no terminan de resolverse pero tampoco dejan de trabajar. Ezra había dicho lo que tenía que decir. Él había dicho lo que tenía que decir. Lo que quedaba no era otro argumento sino una decisión, y las decisiones, a diferencia de los argumentos, no se compartían: se tomaban solos, en silencio, sin público.

CAPÍTULO 11

El diálogo en el puente

Edimburgo, julio de 2024

Tres días después Ezra lo llamó al teléfono del despacho de la universidad. Era temprano, poco después de las ocho, y Tomás había llegado al Old College antes que la mayoría del personal con la intención de releer sus notas sin interrupciones. La voz de Ezra en el auricular tenía el mismo tono de siempre, sin urgencia pero sin demora.

—Hay algo que no le dije en el pub —dijo Ezra—. Algo que debería haber dicho antes. Quisiera verlo esta tarde, si es posible. En el puente de North Bridge, a las seis.

Tomás consideró la petición un momento. El puente no era un lugar neutral: Ezra lo había señalado dos noches antes con suficiente deliberación como para que la elección no fuera casual.

—A las seis —dijo Tomás.

Pasó el resto de la mañana trabajando en la organización del material. Tenía sobre el escritorio las fotografías de los documentos, sus propias notas en cuatro cuadernos, y el texto del documento de 1716 copiado con la letra apretada que usaba cuando quería que las palabras no se le escaparan. Releía ese texto cada vez que el argumento parecía cerrarse demasiado rápido en una dirección o en la otra. Era un documento escrito por alguien que había tenido la misma pregunta y había optado por preservar el registro en lugar de responderla: una manera de pasar la pregunta, no la respuesta, al siguiente eslabón.

A las seis menos diez salió del Old College y caminó por South Bridge hacia el norte. El puente de North Bridge cruza el valle de Waverley entre la ciudad vieja y la nueva, con la estación de trenes ciento cincuenta metros abajo y las vías extendiéndose hacia el este entre los edificios. En días despejados se ve el Firth of Forth desde el centro del puente. Ese día el cielo estaba cubierto con las nubes bajas de verano que son en Edimburgo más habituales que el sol, y el aire tenía el olor a piedra húmeda que Tomás llevaba meses asociando con la ciudad.

Ezra estaba apoyado en la balaustrada del lado este, mirando las vías de la estación. Llevaba el mismo abrigo oscuro de la primera vez que Tomás lo había visto en persona, en Malta, lo que le dio por un momento la extraña sensación de que los meses intermedios habían sido una preparación para este punto y no una investigación con valor propio.

—En noviembre de 1994 —dijo Ezra sin volverse, como si Tomás llevara allí el tiempo suficiente para que la conversación ya hubiera comenzado — estuve exactamente aquí. Era de noche. Había terminado los archivos de la Gran Logia tres días antes y había pasado esos tres días escribiendo el primer borrador del artículo en el hotel. Un artículo sólido. Documentado. Correcto en sus términos.

Tomás se apoyó en la balaustrada a su lado.

—¿Y lo rompió aquí?

—No lo rompí. Lo guardé. Está en una caja en Basilea. —Ezra se volvió hacia él—. Lo que hice aquí fue decidir que no lo enviaba. Al menos todavía no. Y ese todavía no lleva treinta años.

—¿Por qué me trae aquí a decirme esto?

Ezra metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y sacó un sobre de papel grueso, del tipo que se usa para documentos, cerrado con solapa pero sin sello. Lo sostuvo un momento antes de entregárselo.

—Porque hay algo que usted necesita leer antes de tomar su decisión. Y porque este es el lugar donde decidí que si alguna vez alguien llegaba hasta donde yo había llegado, se lo daría aquí.

Tomás tomó el sobre. Tenía peso de papel, no de objeto: varias hojas dobladas.

—¿Puedo leerlo ahora?

—Puede leerlo cuando quiera. Pero le recomiendo que lo lea solo.

Permanecieron un momento en silencio mirando las vías. Un tren salía de la estación hacia el este con el sonido gradual de algo que abandona un lugar sin apresurarse.

—¿Qué contiene? —preguntó Tomás.

—Las notas que escribí en 1994 durante los tres días después de los archivos. No el artículo. Las notas previas, las que uno escribe para uno mismo antes de escribir para los demás. El argumento completo, con todas sus ramificaciones. Las preguntas que no entran en un artículo académico. Y al final, la razón verdadera por la que no publiqué. No la razón que le di a usted en Malta, que era correcta pero no era la razón completa.

Tomás miró el sobre en su mano.

—¿Por qué no me la dio en Malta?

—Porque en Malta usted todavía no había visto los archivos de la Gran Logia. Y esa razón solo tiene sentido completo para alguien que ha leído el documento de 1716.

Caminaron juntos hasta el final del puente y bajaron por la escalera hacia Waverley. En la calle se detuvieron. La ciudad a esa hora tenía el movimiento denso del final de la tarde laboral, gente saliendo de oficinas, autobuses, el ruido constante que Edimburgo produce como cualquier ciudad pero que Tomás había aprendido a escuchar como algo específico de ese lugar, con sus propias frecuencias.

—Una última cosa —dijo Ezra—. La última línea de las notas. Está escrita con tinta diferente, añadida más tarde, no sé si días o meses después. Dice: quizás el siguiente que llegue hasta aquí sabrá si ese momento ha llegado. —Hizo una pausa—. Eso lo escribí pensando que era posible que alguien llegara algún día. No lo esperaba. Pero lo consideré posible.

Se dieron la mano en la acera. El apretón fue breve y firme, el de dos personas que han terminado una conversación que ninguna de las dos inició del todo y que ninguna de las dos va a poder cerrar del todo.

—Ha sido un honor, doctor del Llano —dijo Ezra.

—El honor ha sido mutuo —dijo Tomás.

Ezra giró hacia el norte y Tomás lo vio alejarse entre la gente hasta que la figura oscura desapareció en la corriente del paseo. Luego miró el sobre en su mano. El papel era grueso, ligeramente amarillento, con el tacto de algo que ha estado guardado mucho tiempo en un lugar seco. En el exterior no había nada escrito.

Subió a pie hacia Marchmont por los Meadows. Era una caminata de veinte minutos que hacía con frecuencia cuando necesitaba que el cuerpo se ocupara de algo para que la cabeza pudiera trabajar sin interferencias. Los Meadows en julio tienen una luz de tarde que dura demasiado y que obliga a uno a seguir pensando cuando ya quisiera haber terminado. Tomás caminó sin prisa, con el sobre bajo el brazo, mirando los árboles y la gente que corría o paseaba perros o simplemente estaba sentada en la hierba aprovechando la luz.

En el piso de Marchmont preparó té, encendió la lámpara del escritorio y abrió el sobre.

Las notas de Ezra Lichtmann de noviembre de 1994 tenían diecisiete páginas escritas a mano en alemán con letra apretada y regular. Tomás leyó durante dos horas, con el diccionario en el teléfono para los términos que su alemán académico no alcanzaba. El argumento estaba todo allí: la cadena de transmisión, el documento de 1716, la conexión templaria, el vocabulario de Hiram en los registros medievales. Todo lo que Tomás había encontrado en siete meses, Ezra lo había encontrado treinta años antes y lo había anotado con la misma precisión, las mismas referencias, las mismas conclusiones.

Había algo extraño y no del todo cómodo en leer eso. No era plagio ni coincidencia: era que la investigación correcta producía los mismos resultados independientemente de quién la hiciera, lo cual era exactamente lo que se esperaba de la investigación histórica rigurosa, pero que en la práctica, confrontado con diecisiete páginas de letra alemana que duplicaban siete meses de su propio trabajo, producía una sensación difícil de nombrar. No era inutilidad. Era algo más parecido a la confirmación de que había llegado al lugar correcto por el camino correcto, y que ese lugar ya había sido habitado antes.

Ezra había llegado a Jerusalén, a los archivos de Malta, a la Biblioteca Nacional de París, al mismo legajo de 1306, a la misma frase sobre el constructor de Hiram. Y a los archivos de la Gran Logia de Escocia, a la misma caja de madera sin marcas, al mismo documento de 1716 con su declaración directa sobre la naturaleza de lo que la orden custodiaba. Tres décadas antes, con menos recursos tecnológicos y más tiempo disponible, un historiador suizo de cuarenta y tres años había reconstruido el mismo mapa y llegado al mismo destino. Y había guardado el artículo en una caja en Basilea.

La diferencia estaba en las últimas tres páginas. En ellas Ezra no argumentaba ni analizaba. Escribía en primera persona con una

honestidad que no tenía el tono de un académico sino el de alguien que se habla a sí mismo en la oscuridad. Escribía sobre su padre, que había sido masón en Basilea durante cuarenta años y había muerto dos años antes. Sobre lo que había encontrado en los papeles de su padre después de la muerte: cartas de la logia, registros de reuniones, notas sobre los rituales. Sobre la certeza que esa lectura le había dado de que su padre no había sido miembro de una conspiración ni de una fraternidad de poder sino de una comunidad de hombres que se reunían regularmente para recordarse a sí mismos que había obligaciones más importantes que los intereses personales. Escribía que publicar la investigación no destruiría eso, que un principio no muere porque se documente su historia, pero que tampoco estaba seguro de que su publicación añadiera nada que el principio mismo no pudiera enseñar por sus propios medios a quien estuviera dispuesto a aprenderlo.

Y en la última línea, con la tinta diferente que Ezra había mencionado: *Quizás el siguiente que llegue hasta aquí sabrá si ese momento ha llegado.*

Tomás cerró las páginas y las dejó sobre el escritorio. Afuera era de noche, o lo más parecido a la noche que Edimburgo ofrecía en julio. Encendió la pipa y se quedó sentado mirando las hojas escritas en alemán con la letra de un hombre que había tenido la misma pregunta treinta años antes y la había respondido de una manera que todavía no sabía si admirar o discutir.

Lo que sí sabía era que la pregunta ya no era la misma que había traído de México en enero. Era más precisa y más difícil. Y eso, pensó mientras el tabaco se consumía despacio, era quizás lo único que podía pedirse a siete meses de investigación honesta: no una respuesta, sino una pregunta mejor.

Pasó la siguiente hora mirando el techo con la pipa apagada en la mano. Pensó en Miriam en los túneles bajo Jerusalén, que le había dicho que la arqueología era el arte de escuchar lo que el silencio dice sobre lo que faltó. Pensó en Fray Anselmo en Madrid, que había tratado los folios con el cuidado de quien toca algo que sobrevivió a mucho sin merecer sobrevivir menos. Pensó en Dawit en Aksum, que era creyente y escéptico al mismo tiempo sin que las dos cosas se estorbaran. Pensó en Valentina en Malta, que había dedicado décadas a descifrar lo que los caballeros medievales habían custodiado sin entender del todo por qué. Pensó en MacRae, que había llevado a Ezra a la sala de archivos con la naturalidad de quien cumple una función que lleva tiempo esperando ser cumplida.

Cada uno de ellos había sido un eslabón. No en el sentido conspirativo que Fanshawe y las notas anónimas habían sugerido al principio, sino en el sentido más simple y más difícil de refutar: el de personas que hacían bien su trabajo y que ese trabajo, sumado al de otros, producía algo que ninguno de ellos por separado habría producido. Como la cadena que

había rastreado desde el siglo VI antes de Cristo. Como el documento de 1716. Como las notas de un historiador suizo guardadas treinta años en espera de alguien que llegara con las preguntas correctas.

Tomás puso la pipa en el cenicero y cogió el cuaderno. No para escribir el artículo. Para escribir lo que pensaba antes de pensar en el artículo, que era, según las notas de Ezra, la única manera honesta de llegar a saber lo que uno realmente pensaba. Escribió durante una hora sin releer, con la letra rápida que usaba cuando no quería que la mano tuviera tiempo de editar lo que la cabeza decía.

Cuando terminó cerró el cuaderno sin leer lo que había escrito. Ya habría tiempo. La decisión no tenía prisa. O más precisamente: tenía exactamente la prisa que él decidiera darle, y esa era, pensó mientras apagaba la lámpara, la primera decisión que podía tomar con certeza.

CAPÍTULO 12

La decisión

Edimburgo, julio-agosto de 2024

Leyó las notas de Ezra tres veces en días distintos. La primera vez las leyó como documento histórico, buscando los argumentos, midiendo el rigor. La segunda vez las leyó como confesión, prestando atención al tono de las últimas páginas, a lo que un historiador de sesenta y cuatro años había querido decirle a alguien que todavía no existía. La tercera vez las leyó buscando lo que no estaba escrito, los silencios entre las frases, los puntos donde Ezra había preferido detenerse en lugar de continuar.

Después de la tercera lectura guardó el sobre en el cajón del escritorio y pasó dos días sin tocarlo.

El problema no era el argumento de Ezra. El argumento de Ezra era sólido en sus términos, honesto en sus límites, y tenía la virtud adicional de haber sobrevivido treinta años sin que su autor encontrara razones suficientes para desmentirlo. El problema era que Tomás no estaba convencido de que el argumento fuera el punto. El argumento era una manera de aplazar la decisión dándole forma intelectual, que era exactamente lo que los académicos hacían mejor que nadie y que servía tanto para aclarar las cosas como para no tener que vivirlas.

Llamó a Fanshawe una mañana de finales de julio. Le pidió una reunión. El rector lo recibió esa tarde con la misma cortesía de siempre y el mismo escritorio de roble y el mismo silencio expectante de quien lleva meses esperando que ocurra algo que ya sabe que va a ocurrir.

—Quiero hacerle una pregunta directa —dijo Tomás—. Y le pido una respuesta directa.

—Adelante —dijo Fanshawe.

—¿Sabía usted que los folios de Lisboa iban a llevarme a donde me llevaron?

Fanshawe no respondió de inmediato. Se quedó mirando el punto neutro en la pared que los rectores de universidades antiguas aprenden a mirar cuando necesitan tiempo sin parecer que lo están tomando.

—Sabía que eran documentos singulares —dijo finalmente—. Sabía que para alguien con su formación y su rigor, seguir el hilo que esos folios ofrecían iba a producir una investigación de alcance poco común. —Hizo una pausa—. No calculé el destino exacto. Pero sí calculé que el camino sería el correcto.

—¿Es usted masón? —preguntó Tomás.

Fanshawe lo miró un momento con algo que podría haber sido incomodidad o podría haber sido la expresión de quien recibe una pregunta que esperaba y había decidido responder de cierta manera.

—Soy anglicano practicante —dijo— y rector de una universidad. Esas dos cosas ocupan todo el tiempo disponible.

No era una negación. Era una no-respuesta construida con precisión de orfebre, y los dos lo sabían. Tomás asintió sin presionar. Ya tenía lo que necesitaba: la confirmación de que Fanshawe había sido un catalizador consciente, que los folios no habían llegado a su escritorio por azar, y que en algún punto de la cadena que había rastreado a lo largo de siete meses, el rector de la Universidad de Edimburgo ocupaba un eslabón que no tenía intención de nombrar.

—Gracias —dijo Tomás—. Es suficiente.

De regreso en Marchmont abrió el cuaderno donde había escrito la noche después de leer las notas de Ezra y leyó lo que había escrito. Era más claro de lo que esperaba. No era el artículo ni el libro. Era la arquitectura de lo que pensaba de verdad, sin la mediación del tono académico que uno adopta cuando escribe para otros. Y lo que pensaba de verdad era esto: que la cadena de transmisión era real y merecía ser documentada, que la documentación no destruía el principio sino que lo explicaba, que la explicación no era traición sino respeto, y que callarlo indefinidamente, como había hecho Ezra, era una forma de aristocracia intelectual que Tomás no podía defender aunque entendiera sus razones.

Pero también era esto: que publicar sin el contexto que la verdad necesitaba para no convertirse en su contrario era irresponsable, y que construir ese contexto requería más trabajo, más precisión, y más tiempo del que él había invertido hasta ese momento. No meses. Quizás años. Quizás el libro en lugar del artículo, el argumento completo en lugar del titular, la demostración que no pudiera ser reducida a una frase por un periodista con prisa.

Ezra tenía razón en la práctica. Él tenía razón en el principio. La distancia entre las dos cosas era exactamente el trabajo que quedaba por hacer.

Escribió eso en el cuaderno como una sola frase y la subrayó.

Pasó agosto trabajando. No en el artículo ni en el libro todavía, sino en lo que llamaba para sí mismo el mapa completo: una reconstrucción exhaustiva de la cadena de transmisión con todas sus fuentes, sus lagunas documentadas, sus inferencias marcadas como inferencias y sus certezas marcadas como certezas. Era el trabajo que precede al trabajo, invisible para quien lee el resultado final pero indispensable para quien lo escribe. Lo hacía en las mañanas, en el despacho de la universidad con la puerta cerrada, con los cuadernos y las fotografías y las referencias bibliográficas desplegadas en la mesa.

Por las tardes caminaba. Edimburgo en agosto tiene el Festival y la ciudad se llena de una energía que es casi la contraria de su carácter habitual, calles llenas de artistas y turistas y el ruido constante de algo que celebra su propia existencia. Tomás caminaba por los márgenes de eso, por los Meadows y por el Water of Leith y por las calles del casco antiguo que quedaban al margen del Festival, y pensaba en la manera en que las ciudades guardaban sus capas: lo que se veía en la superficie y lo que persistía por debajo, los edificios sobre los cimientos de otros edificios, los nombres sobre los nombres anteriores, los usos sobre los usos que habían sido antes.

Edimburgo era en ese sentido una ciudad honesta: no escondía sus capas sino que las exhibía, la ciudad medieval sobre el basalto volcánico, la ciudad ilustrada del siglo XVIII en el valle y en la colina nueva, los monumentos y los museos y las iglesias que llevaban siglos acumulando lo que otros habían considerado que valía la pena conservar. Era una ciudad que había decidido, colectivamente y a lo largo de generaciones, que la memoria tenía valor suficiente para merecer el esfuerzo de su preservación. Y esa decisión, pensaba Tomás mientras caminaba, era exactamente el mismo tipo de decisión que la cadena de transmisión había tomado en cada uno de sus eslabones.

A finales de agosto recibió un mensaje de Ezra. Era breve, sin saludo formal: *¿Cómo va?*

Tomás lo leyó dos veces antes de responder. Luego escribió: *Trabajando. Creo que sé lo que voy a hacer. Todavía no sé cómo.*

Ezra respondió al cabo de una hora con una sola línea: *Eso ya es saber bastante.*

Era la misma frase que Miriam le había dicho en enero, cuando le escribió desde París antes de ir a Edimburgo. La coincidencia no era coincidencia: era que ciertas verdades, formuladas con suficiente precisión, las encuentran independientemente personas que no se conocen entre sí. Como la cadena de transmisión. Como el documento

de 1716. Como dos investigadores separados por treinta años que llegaban a las mismas conclusiones por el mismo camino.

Tomás cerró el teléfono y volvió al escritorio. Sobre la mesa tenía el mapa completo: cuatro continentes, seis países, dieciocho meses de trabajo si contaba desde el momento en que los folios de Lisboa habían llegado a su despacho en enero. Una cadena documentable desde el siglo VI antes de Cristo hasta una sala de archivos en George Street. Un principio sin reliquia, una verdad sin prueba, una alianza sin objeto.

Y una decisión que era suya, que no podía ser de nadie más, y que ya estaba tomada aunque todavía no tuviera la forma definitiva con la que llegaría al mundo. La tomó en silencio, sin testigos, con la misma certeza tranquila con la que se toman las decisiones que uno lleva meses preparando sin saberlo. Abrió un documento nuevo en el ordenador, escribió en la primera línea un título provisional que cambiaría después, y empezó a escribir.

Afuera el Festival continuaba con su ruido de ciudad que se celebra a sí misma. Dentro, en el despacho con la puerta cerrada y la lámpara encendida, Tomás del Llano Amezcua escribía la primera frase de algo que todavía no sabía exactamente qué era pero que ya sabía que era necesario. Era suficiente por ahora. Era, pensó sin dejar de escribir, exactamente suficiente.

Lo que no escribió esa noche, porque todavía no encontraba las palabras correctas, era la respuesta a la pregunta que Ezra le había formulado de distintas maneras a lo largo de tres meses: ¿qué gana el mundo con saber esto? La respuesta que Tomás había construido durante agosto no era la misma que habría dado en Malta. En Malta habría dicho: la verdad histórica tiene valor en sí misma, independientemente de sus consecuencias. Eso seguía siendo cierto. Pero ya no era suficiente como respuesta completa.

Lo que el mundo ganaba con saber que la cadena de transmisión era real, que la masonería había custodiado durante tres siglos no un objeto sino un principio, que ese principio venía de algo anterior a la masonería y anterior a los templarios y anterior incluso al Templo cuya destrucción había sido el punto de partida, era esto: la demostración de que los seres humanos son capaces de transmitir lo que consideran verdadero a través de siglos de cambio, de persecución, de olvido parcial y de recuperación, sin que lo transmitido dependa de ninguna reliquia para sobrevivir. La alianza no necesitaba el Arca. Nunca la había necesitado. Y esa era, pensó Tomás mientras escribía, la verdad histórica que valía la pena publicar: no que el Arca había desaparecido, sino que lo que el Arca contenía había sobrevivido sin ella.

Eso era lo que él podía decir que Ezra no había dicho. No porque Ezra no lo supiera, que lo sabía, sino porque Ezra había elegido guardarlo, y él elegía otra cosa.

Escribió hasta las cuatro de la mañana. Cuando apagó el ordenador el documento tenía doce páginas y un principio de estructura que no era el artículo ni del todo el libro pero que contenía la semilla de lo que iba a ser. Se lavó la cara, apagó la lámpara del escritorio y se quedó un momento en la oscuridad del piso de Marchmont antes de ir a dormir. Desde la ventana se veía un trozo de cielo de agosto, más oscuro que el de julio pero todavía no del todo negro, con una estrella visible sobre los tejados.

Pensó en Ezra en ese mismo puente treinta años antes, con la decisión tomada y el sobre guardado en el bolsillo. Pensó en el hombre que había escrito el documento de 1716 sin saber si alguien lo leería. Pensó en los eslabones anteriores, en los templarios escoceses de 1312, en los sacerdotes de Elefantina, en quienquiera que hubiera sacado algo de Jerusalén antes del 586 antes de Cristo con la certeza de que valía la pena salvarlo.

Cada uno de ellos había tomado una decisión en silencio, solo, sin garantías de que el siguiente eslabón fuera a existir. Y sin embargo el siguiente eslabón había existido, una y otra vez, durante veintisiete siglos. Eso también era parte de la historia que valía la pena contar.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, fue al café de Stockbridge donde solía trabajar cuando el despacho de la universidad le parecía demasiado formal para lo que tenía que pensar. Era un café pequeño, con mesas de madera sin barnizar y la luz de la mañana entrando por el ventanal de la calle, y Tomás lo frecuentaba desde hacía tres años por la razón simple de que el café era bueno y el ruido era el adecuado: suficiente para no sentirse solo, insuficiente para distraerse.

Ezra estaba sentado en la mesa del fondo.

No lo había citado. No le había avisado. Estaba allí con un café y el periódico doblado sobre la mesa, con la expresión de quien lleva el tiempo suficiente para que su presencia haya dejado de ser una sorpresa y se haya convertido en un hecho. Tomás se sentó frente a él sin decir nada. El camarero le trajo el café sin que tuviera que pedirlo.

—¿Cómo lo supo? —dijo Tomás.

—No lo supe —dijo Ezra—. Vine a desayunar. Llevo dos días en Edimburgo terminando algunas cosas. —Hizo una pausa—. Aunque si lo hubiera sabido, también habría venido.

Tomás bebió el café.

—He tomado la decisión —dijo.

—Lo sé —dijo Ezra—. Se nota.

—¿Se nota cómo?

—En que ya no tiene la cara de alguien que está pensando. Tiene la cara de alguien que ya pensó.

Permanecieron un momento en silencio. Por el ventanal pasaba la mañana de Stockbridge con su ritmo de barrio que empieza tarde y sin prisa, gente con perros, ciclistas, el autobús puntual que nadie esperaba.

—No voy a pedirle que me diga qué decidió —dijo Ezra—. No es asunto mío.

—Lo es, en parte —dijo Tomás.

—En parte —concedió Ezra—. Pero solo en parte.

Se despidieron en la puerta del café con el mismo apretón de manos del puente, breve y firme. Ezra caminó hacia el norte. Tomás se quedó un momento en la acera con el sol de agosto sobre los tejados de piedra y la certeza tranquila de alguien que ha terminado una cosa y está a punto de empezar otra.

EPÍLOGO

La alianza

Edimburgo, septiembre de 2024

Sobre el escritorio del piso de Marchmont había dos documentos.

El primero era una carta dirigida al consejo editorial de la revista Historical Research, con sede en Londres, comunicando el envío adjunto de un artículo titulado "La cadena de transmisión templario-masónica: evidencia documental de una continuidad simbólica entre el siglo XIV y el XVIII". El artículo tenía cuarenta y dos páginas, doscientas treinta y siete notas al pie, y un apéndice con la transcripción completa del documento de 1716 de los archivos de la Gran Logia de Escocia. Era, en los términos de la disciplina, un trabajo sólido: argumentado con rigor, honesto en sus lagunas, preciso en la distinción entre lo demostrado y lo inferido. No decía todo lo que Tomás sabía. Decía todo lo que Tomás podía demostrar.

El segundo era una nota manuscrita en una hoja de papel sin membrete, sin fecha ni destinatario, escrita con la letra apretada de los cuadernos de trabajo. Decía: *Lo que custodia la cadena no es un objeto ni un secreto. Es la demostración repetida, en cada generación, de que la alianza es posible. Eso es suficiente para publicarlo. Y es suficiente para que valga la pena que exista.*

Tomás leyó las dos hojas por última vez antes de meterlas en el sobre. Luego se levantó, fue a la ventana y miró la calle de Marchmont en la mañana de septiembre. Los árboles de los Meadows, al fondo, habían empezado a cambiar de color con la llegada temprana del otoño escocés. Había gente caminando, ciclistas, un perro que cruzaba la calle con la independencia soberana de los perros de ciudad que conocen sus propios horarios.

No era un momento dramático. Era simplemente el momento después de una decisión, cuando el trabajo de tomar la decisión ha terminado y el trabajo de vivir con ella acaba de comenzar. Tomás lo reconoció por lo que era sin intentar darle más peso del que tenía.

Volvió al escritorio, selló el sobre y escribió la dirección en el exterior con la misma letra regular de siempre. Después abrió el cajón y sacó el sobre de papel grueso que Ezra le había entregado en North Bridge. Lo sostuvo un momento sin abrirlo, aunque ya sabía de memoria lo que contenía. Luego lo devolvió al cajón y lo cerró.

Ezra había guardado treinta años las notas de 1994 esperando que alguien llegara. Él guardaba las notas de Ezra sin saber todavía para qué, pero con la certeza de que valía la pena guardarlas. Eso también era ser un eslabón.

Pensó en la última línea del documento de 1716: *la alianza es posible aunque el Arca haya desaparecido, aunque el Templo haya sido destruido, aunque Hiram haya muerto sin revelar la palabra.* La había copiado en el cuaderno la tarde que la leyó por primera vez en la sala de archivos de George Street, y la había releído tantas veces en los dos meses siguientes que ya no necesitaba el cuaderno para recordarla. Era una frase escrita por alguien que había entendido algo que seguía siendo verdad trescientos años después, y que Tomás, después de siete meses y cuatro continentes, no podía formular de manera más precisa.

La alianza no dependía del objeto. Nunca había dependido del objeto. Lo que dependía del objeto era la ilusión de que la alianza podía garantizarse desde afuera, que si el Arca existía y estaba custodiada en el lugar correcto, la relación entre el ser humano y lo que lo superaba quedaba asegurada sin requerir el esfuerzo de renovarla en cada generación. La destrucción del Templo, la desaparición del Arca, el silencio sobre su paradero final habían eliminado esa ilusión. Y lo que la cadena había transmitido desde entonces, de eslabón en eslabón, era precisamente eso: que sin la ilusión, la alianza seguía siendo posible. Que era más sólida sin ella.

Eso era lo que él iba a publicar. No el escándalo de un secreto revelado, sino la demostración de que el secreto nunca había sido un secreto sino un principio que no necesitaba ocultarse para sobrevivir, que había sobrevivido precisamente porque cada generación lo había encontrado verdadero por sí mismo, sin necesidad de autoridad ni de reliquia que lo garantizara.

Ezra no lo habría publicado así. Ezra lo habría guardado. Y Tomás entendía las razones de Ezra con suficiente claridad como para respetarlas sin compartirlas.

Cogió el sobre sellado, lo metió en la mochila junto con el ordenador y los cuadernos, y salió del piso. La mañana de septiembre en Marchmont tenía el aire fresco y claro que precede al otoño escocés, sin la humedad

del verano ni el frío todavía definitivo del invierno. Caminó hacia el centro por los Meadows, por los mismos senderos que había recorrido cientos de veces en los últimos tres años, con el sobre en la mochila y la sensación de llevar algo que había pesado mucho durante meses y que ahora pesaba exactamente lo que debía pesar, ni más ni menos.

En la oficina de correos de Bristo Place depositó el sobre en la ranura y escuchó el sonido breve y definitivo del papel cayendo al interior de la caja. Luego salió a la calle y se quedó un momento en la acera con el sol de septiembre sobre los edificios de piedra gris y el ruido ordinario de una ciudad que no sabía ni necesitaba saber lo que acababa de ocurrir.

Sonrió. Era la primera vez en meses que sonreía sin que hubiera una razón concreta para hacerlo, lo cual era quizás la mejor razón de todas.

Después caminó hacia el Old College. Tenía clases que preparar, reuniones pendientes, correos sin responder. Tenía el trabajo normal de una vida normal en una ciudad que llevaba siglos acumulando capas de historia sin que ninguna de ellas impidiera que la vida siguiera ocurriendo sobre ella.

Y tenía, en el cajón del escritorio del piso de Marchmont, el sobre de papel grueso con las notas de un hombre que había estado en el mismo lugar treinta años antes y había tomado otra decisión. No para publicarlo. Para recordar, cada vez que lo necesitara, que las decisiones que importan no se toman de una vez y para siempre: se toman cada día, en silencio, con la misma pregunta de fondo y una respuesta que puede cambiar sin que la pregunta deje de valer.

Eso también lo había aprendido de Ezra. Y eso también, pensó mientras entraba al Old College por la puerta lateral que usaba siempre, valía la pena haberlo aprendido.